

## POR QUÉ SE HA FORMADO LA UNION CATÓLICA.\*

(Conclusion.)

Es muy cierto que la religion y la política son inseparables en absoluto. Toda doctrina religiosa tiene por fuerza tambien que traducirse en doctrina política; y aunque los fines espirituales de los principios religiosos por su índole parecen excluir toda idea de partido político, no obstante, y á pesar de todo, sin que haya manera de evitarlo, siempre que se vean en situacion parecida á la guerra declarada y sistemática que hoy la revolucion ha promovido contra la Iglesia, la necesidad de su defensa dará lugar á la formacion de partidos que sean políticos por deber de religion. Tan fundamental nos parece todo esto, que en ello vemos precisamente el verdadero origen de la Union Católica. El intento de separar en absoluto la religion de la política, lo estimamos tan anticristiano como el de quererlas confundir; por eso quien se sienta animado de alguno de ambos propósitos no tiene puesto en nuestras filas, sino en las huestes del liberalismo cesarista ó parlamentario, que se dan igual maña para explotar en beneficio propio tales doctrinas.

Decimos, pues, que hay doctrinas políticas y sociales que directa ó indirectamente nacen de los principios religiosos, y son como su consecuencia necesaria en el órden temporal; pero añadimos tambien que estas doctrinas políticas nacidas del dogma religioso, son tan duraderas é inmutables como el mismo dogma, sin que haya manera de vincularlas á ninguna mira puramente temporal de partido, dinastía ó gobierno, ó de identificarlas con alguna de las causas transitorias que en la vida de las naciones juntan hoy á los hombres y los dispersan mañana.

\* Véase el número 5 de esta REVISTA, pág. 218.

¿Cuáles son estas doctrinas políticas que se derivan del dogma religioso? A la potestad espiritual nada mas corresponde el declararlo; sobre ello no puede haber otra autoridad competente y legítima. Dentro del catolicismo, por la suprema potestad del Romano Pontífice, resolviendo, como doctor supremo de la Iglesia, las dudas ó extravíos que sobre ello se pudieran originar, tenemos ya establecida y definida la doctrina política que nace del dogma católico; y esta doctrina no es ni monárquica, ni republicana, ni exclusiva de gobiernos representativos ó de monarquías absolutas, sino un principio absoluto de justicia que el católico tiene el deber de realizar y cumplir, cualesquiera que sean la forma de gobierno y las instituciones del Estado á cuya ciudadanía pertenece.

Esto sentado, reconocemos que en lo que se refiere á las doctrinas políticas, establecidas y definidas por la suprema autoridad espiritual como consecuencia del dogma cristiano, todos los católicos estamos, no solo en la mas estrecha obligacion de conciencia de «profesar unánime y concordemente estas mismas ideas políticas, y aspirar al triunfo de estas mismas ideas políticas, sino que, para conseguirlo, debemos proseguir los mismos actos políticos y constituirnos bajo la direccion ó cooperacion de los mismos agentes ó jefes políticos» (que en el caso no pueden serlo mas que nuestros Prelados ó las personas que estos designen). «La Union Católica, repetimos, no es, ni puede ser, una, sino á condicion de serlo *totalmente*» (*sobre estas materias*) «en el órden político lo mismo que en el órden religioso.»

Pero si la union y conformidad mas absoluta sobre estos principios fundamentales de la doctrina católica en órden á la gobernacion de los Estados, es condicion *sine qua non* de la Union Católica; en cambio, sobre todas las demás cuestiones accesorias y libres, tanto filosóficas como políticas, ó de otro género pueden los católicos estar divididos y profundamente discordes, y militar en opuestos bandos, con tal que esta diversidad de opiniones se mueva siempre dentro de los límites que trazan los principios fundamentales del órden cristiano. Pues «asi como hay una filosofía esencialmente cristiana dentro de la cual caben opiniones encontradas y escuelas rivales, sin perjuicio de convenir todos en los principios esenciales del cristianismo, del mismo modo tambien hay una política esencialmente católica, dentro de la

cual caben criterios opuestos y partidos enemigos,» aun sobre los mas altos intereses del orden temporal, sin perjuicio de convenir todos en los principios sociales y políticos que se derivan del catolicismo. Jamás se ha comprendido tan bien como en el catolicismo lo manifiestamente absurdo que sería exigir de los hombres entera unanimidad y conformidad para todo. Por eso en el seno de este gigantesco é incomparable cuerpo de doctrina, que abarca al cielo y á la tierra, y es el portento mas asombroso de unidad que han conocido y conocerán los nacidos, aparte de otras escelencias que le convierten en el tesoro mayor derramado por la Providencia en la tierra, es tambien al propio tiempo el campo donde con mas libertad y esplendor se desenvolvió siempre la diversidad de escuelas y opiniones sobre todo aquello que no es necesario para la unidad.

Para que pueda haber términos hábiles de organizar una congregacion de todas las fuerzas católicas, y que esta union resulte viable y no se convierta en confusion, debemos, por lo tanto, imitar el sábio é inspirado proceder de la Iglesia, estimando tan conveniente el cristiano respeto de la diversidad de opiniones sobre materias libres, como indispensable la conformidad y unánime asentimiento sobre todo lo que es fundamental.

Larga y triste experiencia nos lo ha demostrado en nuestra España. Elocuente testimonio de ello son los esfuerzos inútiles hechos con singular y heróica constancia por el partido carlista, á fin de congregar bajo sus banderas á todos los elementos católicos. Como en su estandarte, además de los lemas católicos, aparecian tambien otros intereses meramente políticos, extraños ó indiferentes al principio cristiano, ó en los cuales por lo menos podia el católico opinar libremente con diverso criterio; como exigia unidad en lo que no es necesario, ni posible tampoco estar todos unidos, dada nuestra condicion humana,—á pesar de las pruebas de vitalidad y pujanza que ha dado ese partido en nuestra patria; á pesar de componerse principalmente de elementos católicos, y de buscar en ellos su principal fuerza y vigor, sin embargo, recogió siempre frutos de esterilidad é impotencia en la empresa de congregar en su seno á todos los católicos, y constituirse así en frente de la revolucion en el partido católico de nuestra patria. Se retraian los unos de prestarle su apoyo por

el temor de ver convertida la religion en instrumento de un pretendiente real que repugnaba á sus convicciones, compromisos y afectos. No creian otros indispensable para el triunfo de la Iglesia, y sí pernicioso tal vez para España, el que prevalecieran determinadas doctrinas políticas. Los intereses religiosos á su vez lo miraban no sin reservas, no solo porque temian infeudarse á algun partido político, que por grande y digno que fuera, daria á los demás partidos contrarios un pretesto de combatir á la Iglesia, á título de propia defensa, sino tambien porque á pesar del valor y denuedo que representan las compactas muchedumbres de aquella causa, y de la noble fidelidad con que militan bajo sus banderas monárquicas, se convierte, sin embargo, en comprometido y peligroso auxiliar para los altísimos y universales intereses confiados á la Iglesia, una fuerza que por los lemas especiales que trae á los combates del Señor, ha de emplear como principales medios de lucha, ó los arrebatos de violencia, ó los retraimientos sistemáticos, medios ambos en nada apropiados á la causa católica, la cual, lejos de pedir soluciones á la fuerza, ó de postrarse en la impotencia é inercia del retraimiento de toda vida legal, procura, por el contrario, desplegar constantemente sus grandes medios morales de accion, valiéndose de los diversos elementos y fuerzas sociales que cada época trae consigo. Nunca, en fin, pudo aquella causa establecer solidaridad entre sus intereses y los católicos, porque la Iglesia depositaria indestructible de los principios necesarios en todo tiempo y lugar, principios que deben respetar y practicar indistintamente todos los partidos, gobiernos y pueblos, por natural inclinacion y propio deber los ha colocado y colocará siempre por cima de todo partido, no identificándolos jamás sino con lo que es necesario para el orden cristiano. De este modo los elementos políticos en el seno del partido monárquico que queria ganar para su causa el apoyo de la Iglesia, sirvieron de estorbo al triunfo de los intereses religiosos.

No menos estériles resultaron los trabajos y esfuerzos que desde campos distintos hicieron insignes y esclarecidos varones, publicistas y hombres de Estado, para realizar el mismo intento. Nuestro ilustre Balmes acarició toda su vida el generoso pensamiento de unir los elementos sanos del partido moderado á las

fuerzas del tradicionalismo, para formar con los cristianos y monárquicos verdaderos de uno y otro campo un partido que, al mismo tiempo que defensor de la causa católica en frente de la revolucion, proclamara soluciones concretas para constituir un poder real fuerte y activo, y una representacion legítima y enérgica de todos los elementos de nuestra monarquía. Pero á pesar de la brillante aureola que rodeaba el nombre de tan esclarecido varon; á pesar del merecido respeto que le tributaban amigos y adversarios, Balmes murió en el desconsuelo de ver que los unos no se acercaban, y los otros se alejaban mas de él cada dia.

En cambio el ejército de la union surgió ahora de improviso en nuestra España, y aparecieron de pronto los hombres de bien congregados con asombrosa organizacion y disciplina para acudir á la Santa Cruzada, en cuanto á la postre de largos escarmientos la cuestion se planteó al fin en su verdadero terreno, en el único terreno que podia conducir á soluciones prácticas. Bastó que hombres respetables y acreedores á la veneracion de todos, tanto por su caballerosidad y probada hidalguía cristiana, como por los señalados servicios prestados á la religion y á la patria, dijieran á los Prelados: «Estamos divididos por graves cuestiones políticas, procedimientos de conducta, afectos y compromisos personales, y quizás no todos entendemos de la misma manera la doctrina católica en orden á la gobernacion de los Estados, y es, por tanto, empresa superior á la voluntad de los hombres, unirnos enteramente y para todo.

»Pero si esto es una triste verdad, siendo tambien cierto que tenemos la misma Fé, es decir, que en lo fundamental todos estamos conformes, que aceptamos universalmente como Credo y norma de conducta la doctrina del Syllabus, cual la entienden, explican y aplican la Santa Sede y los Obispos, y creemos que el catolicismo es lo único que puede salvar á las sociedades, hay, sin duda, muchas cosas en que podemos y debemos unirnos.»

Nuevo y elocuente ejemplo de la fuerza incontrastable de la fe para unir á los hombres. *Per fidem ad charitatem, per charitatem ad unitatem*, ha sido el lema que impulsó á todos y produjo este milagro de unidañ. Eran cristianos sinceros, que desde campos distintos vieron que la gran batalla que hoy se riñe en el fondo del drama revolucionario, está decidiendo si el mundo será ó no cris-

tiano; vieron que entre los escombros de todas las instituciones civiles y políticas, la Iglesia es la única que ha quedado en pie, firme como una roca, en medio de las tempestades; vieron que hoy todo se ha perdido menos la Cruz; que las monarquías se mueren y que las repúblicas tampoco pueden vivir, y que la sociedad cristiana solamente puede salvarse refugiándose en el santuario, sin hacerse solidaria de lo que perece y muere y se está pudriendo ya en lo mas hondo del abismo abierto en nuestro suelo por las furias revolucionarias, como una tumba gigantesca en que intentan sepultar las tradiciones de cuarenta siglos. Y de tragedia en tragedia, de desengaño en desengaño, por entre las ruinas de las obras humanas que prometian mas larga duracion, la mano de Dios los fué congregando hasta llegar á reunirlos al pie de la Cruz, despues de haberles demostrado con los mas terribles escarmientos, que este es el único símbolo en el que hombres y pueblos pueden tener confianza y fundar esperanzas de salvacion.

Eliminados los intereses secundarios; recorridos, al fin, los velos que cubrian los pavorosos problemas de la época moderna, solo dos enemigos aparecieron frente á frente en el palenque de las luchas sociales: la Iglesia y la Revolucion. Quedaron relegados al segundo lugar los demás intereses que antes enardecian con mayor furia las pasiones de partido; ya no se trata de monarquía y república, de autoridad y libertad, sino del triunfo del órden cristiano ó de la anarquía y tiranía revolucionaria. Todas las naciones se preparan á presenciar con recogimiento ó á tomar parte en el desenlace de este gran duelo, sin precedente quizá en los anales de la historia.

Por un lado aparece dominadora y triunfante en el mundo, y armada hoy de todos los elementos de la mas incontrastable tiranía, la fuerza satánica, que hasta ahora ha reducido á polvo todos los poderes humanos que intentaron contenerla; esa fuerza satánica, que en menos de un siglo ha derrumbado los tronos de las mas antiguas y prepotentes dinastías; removido hasta los mas profundos cimientos de la vida civil y política; barrido las antiguas instituciones fundamentales de la constitucion de las naciones europeas; borrado de la cristiandad nacionalidades seculares; y que por donde quiera, en fin, levanta y deshace á su antojo imperios, consulados, dictaduras, pueblos y confederaciones. Por

otro lado, en frente del mónstruo apocalíptico, despojada por él de la corona temporal, y desamparada por los poderes de la tierra, aparece esa Iglesia divina, arca santa, probada contra el furor de todas las tempestades, que dominó todas las mudanzas y vicisitudes, y es la única institucion inconvencible cuando todo se transforma ó perece y pasa arrostrado por la lenta é incontrastable corriente de los tiempos, ó bien arrebatado violentamente por el furor de las revoluciones. Contra ella habia lanzado la revolucion su primer grito de guerra; pero si en el cataclismo pereció de muerte violenta todo lo antiguo, sin dejar apenas huella de su existencia pasada, y en todos los pueblos, y principalmente en los pueblos cristianos, se operaron tan grandes mudanzas, esta institucion, la mas antigua y fundamental del edificio europeo, y que por eso excitaba en torno suyo iras mas violentas é imprecaciones implacables de pueblos y reyes congregados, no solo es la única que no sucumbe, sino que recobra nuevos bríos en cada sacudimiento revolucionario. Y al desenlace de la espantosa tragedia, cuando la soberbia meretriz dominadora de las naciones tenia dispersados y en confusion á sus enemigos, y podia, segun todas las probabilidades y los cálculos de la prudencia humana, creer llegada la hora del triunfo definitivo, mudóse de improviso la escena del mundo: la Mística Esposa sacó á Israel de sus sepulcros, y mostrándole en los escarmientos de tanta catástrofe el castigo de haber confundido ídolos humanos con los intereses eternos, entre las mismas ruinas evocó el espíritu de vida y el entusiasmo de la fe, infundió en todos la abnegacion, concordia y disciplina cristiana, y borró hasta el recuerdo de las antiguas discordias para colocar á su hueste en el terreno, en que cada batalla ha de ser en adelante para ella una victoria.

Así, cuando en el mundo era todo confusion y anarquía, y el hermano se armaba en guerra contra el hermano, y hasta los hijos de Cristo andaban dispersos, trocada entre ellos la caridad en discordia, y parecia al fin roto para siempre todo lazo de union, y desvanecida hasta la última esperanza de remedio humano, de pronto el decreto providencial ordenó de nuevo que saliera la luz de las tinieblas; y los albores de otra nueva esplendente aurora cristiana empezaron á iluminar al mundo.

¿Qué instituciones se levantarán, y qué forma de gobierno

florecerá con este renacimiento cristiano? ¿Habrá mas repúblicas y menos monarquías? ¿Cuáles serán los reyes encumbrados y cuáles los reyes para siempre caídos? ¿Cuáles los pueblos que lleguen á mayor grandeza, y cuáles los precipitados al abismo? ¿Contra qué sociedad ó contra qué diadema se ejecutará el anatema divino? Este es aún el secreto de Dios, envuelto todavía, aunque quizá no por largo tiempo, en los arcanos de lo venidero. Lo único que vemos desde ahora es que la cristiandad se está conmoviendo en gigantesco esfuerzo de unidad, y que por donde quiera, sin distincion de nacionalidades, la revolucion triunfante se encuentra frente á frente de un ejército invencible, porque no enarbola otro emblema que ese lábaro santo que presenció el fin de todas las sectas rebeldes, y que por formidables que parecieran los enemigos alzados contra él, los vió siempre al fin aplastados ó prosternados humildes á sus plantas.

¿Cómo se ha operado tan gran mudanza? ¿Cómo los que siempre fueron rotos en la batalla, se convirtieron ahora en ejército invencible? Por uno de esos procedimientos tan sencillos como inesperados, que solo Dios emplea, y son la gran palanca de la accion sobrenatural con que la Providencia gobierna á la humanidad en el trascurso de las edades. Al sonar la hora señalada, la fe impulsó á los cristianos á la caridad, y por la caridad, como siempre, se llegó entre ellos á la unidad. Cuando entre ellos hervía con mayor furia la discordia, se acordaron que dijo el divino Maestro: «En el amor que os profeséis los unos á los otros conocerán todos que sois mis discípulos.» Y esta virtud, la mas humilde y la mas hermosa de las virtudes evangélicas, realizó el nuevo maravilloso renacimiento cristiano. En vano, sin ella, en la controversia científica, la ciencia cristiana hubiera confundido á la impiedad; en vano, como campeones de la causa católica, se hubieran levantado políticos sagaces y hombres de Estado consumados, que tuvieran el genio vidente de los profetas; sabios que supieran cuanto puede el hombre saber; oradores que hablaran lenguas de ángeles; creyentes cuya fe traspasara los montes. Sin la caridad cristiana no hubiera habido union, renacimiento y triunfo cristiano. Sin ella fueran los sabios ergotistas soberbios, poseidos del demonio de la disputa; y los políticos, dañinos falsificadores de la palabra de Dios, gozosos de la iniquidad, cuando

esta aprovechaba á su ambición, y apadrinadores de cábalas de facciosos que tuvieran revuelto al Estado y á la Iglesia; y los que poseyeran el don de lengua, fueran malvados seductores de las turbas ó intérpretes de sentimientos sublimes que hablaran en el vacío; y los creyentes, en fin, una masa inerte, egoísta, indisciplinada, discola y servil, pisoteada por todas las tiranías de la tierra. La caridad es la que ha inspirado humildad á los unos, abnegacion y obediencia á los otros, sacrificio, heroísmo, union y concordia á todos. La humilde caridad cristiana fué la piedra que, desprendida de la montaña por la mano de Dios, vino á tropezar los pies de barro del coloso, fundido de varios metales; y al choque de esa piedra, desgajada del monte, la gigantesca efigie se redujo á polvo, y el hierro y el cobre, y la plata y el oro se deshicieron como la obra del alfarero, convirtiéndose la piedrecilla en gran montaña que llenó toda la tierra.

Por estos misteriosos y providenciales procedimientos, que la razon humana estimará flacos recursos para acometer grandes empresas, se conjuraron siempre las tormentas formidables en que parecia iba á zozobrar la barquilla del pescador, y se alcanzaron los triunfos tan inesperados como grandiosos, asombro incomparable que encierran los anales cristianos, y que, varias veces reproducidos en las vicisitudes de diez y nueve siglos, son como el testimonio vivo de la vida sobrenatural de nuestra Iglesia. Por estos misteriosos y providenciales procedimientos, el pontificado romano, la mas débil de todas las soberanías temporales, despues de haber dominado sin cesar tempestades que en el primer torbellino hubieran destruido las mas firmes instituciones del órden civil y político, es, sin embargo, en el dia la institucion mas vieja, y á la vez mas llena de vida que conocen los pueblos. Por estos misteriosos y providenciales procedimientos, aniquilados ya todos los recursos humanos, y no quedando esperanza de salvacion, cuando llegó la hora de reñir la batalla decisiva, se ha levantado hoy sin embargo de improviso la Union Católica, no solo en España, sino en toda la Cristiandad; y una vez mas para la Iglesia surgió el triunfo de la misma derrota, y de la muerte la vida, y todo apareció salvado, cuando todo se creia perdido.

# EL PRIVILEGIO GENERAL DE ARAGON,

## BASE DE LA UNION.

---

(Continuacion.)

Item, las cartas que saldran de scrivania del senyor Rey que ayant precio convenient.

Item, los escribanos e los corredores de las cibdades, e de las cibdades, e de las villas, sean puestos por los jurados e por aquellos que es costumnado de meterlos e menos de trundo segund que auian usado antiguament.

Item, de las alfondegas (1) que no y vaya a posar xpiano ni moro, si no se quiere: aquello mesmo de las taffurerías que sean desfechas á todos tiempos (2).

Item, de los cotos y de todos los estauilimentos que son generales de todo el Reyno, assi como de no sacar pan ni caualllos, ni olio, ni otras cosas del Reyno, que sean desfechas, e nunca se fagan menos de consejo de los richos homens, mesnaderos, caualleros, infançones e los otros homens honrrados de las Cibdades e de las otras villas daragon: e que se metan e se culgan (3) por los

---

(1) La palabra alfondega (alhóndiga en Castilla) tenia varias acepciones: aquí se toma por fonda (tiene las radicales), ó como decian despues, *hostaleria*.

(2) La cuestion de las tafurerías era complicada por entonces. Don Alfonso el Sabio daba asimismo el ordenamiento de las tafurerias. No pudiendo reprimir el vicio del juego trataban de organizarlo y de paso cobrar un impuesto á costa del vicio. No se crea que los de la Union quisieran combatir los garitos por cuestion de moralidad: pedian la *libertad de garitos*, como piden ahora los liberales de Andorra.

(3) *Cótos* de la palabra *cautum*, *cavere*, significa medida de precaucion, prevision ó prohibicion. En épocas de penuria eran á veces necesarias esas medidas, aunque por lo comun odiosas.

La palabra *culgan* se deriva de *cullir* (coger, recoger), por lo que á veces á las contribuciones, y sobre todo las derramas, se las llamaba *cullidas*.

jurados, e por los otros homens de las cibdades e de las villas daragon, segun que auian usado antigament e costupnado.

Item, peages nuebos que no sean dados (1), e specialment de pan ni de vino que lieban con bestias, ni de ninguna moneda, ni de ningunas otras cosas, que usadas no fueron de dar peage en Aragon, e que los peages que tornen et se prengan en aquellos lugares que antigament se solian prender, e no en otros. E los homens vayan por los caminos que vayan por cualesquiere lugares dando su derecho al senyor Rey, ó aquellos que auran el peage (2) de todas aquellas cosas que dar deuran.

Item, que los ricos homnes daragon no sean tenidos por las honores ni por las tierras que tienen del senyor Rey de servirlo por aquellas fuéras de su Senyorio, ni passar mar (3).

Item, demandan quel senyor Rey suelte el estabillimento que fizo que ninguno no fuese osado de matar corderos (4).

Item, demandan los ricos homnes e todos los otros sobredichos que en los Reynos de Aragon e de Valencia, ni en Ribagorza ni en Teruel, que no aya bayle que judío sea (5).

(1) Los peages siempre han sido y serán odiosos, pero ¿qué se hace cuando no hay otros medios de sostener las cargas públicas y hasta conservar su buen estado las vías de comunicacion?

El conato de pagar á la antigua y vivir á la moderna aparecia en los revolucionarios de la Union entonces, como se entiende ahora.

(2) En varios documentos de aquel tiempo se echa ya de ver que los portazgos estaban arrendados á judíos. El de Calatayud lo tenia arrendado un judío llamado Pagazon, en union con dos nobles. Pagazon hizo tanto dinero, que á fines del siglo XV sus descendientes eran infanzones. Cuando el pueblo de Calatayud expulsó á la nobleza, el año 1618, un noble llamado Pagazon, de atlética estatura, que venia con el escuadron de la nobleza, con una tranca derribó el postigo de San Benito, por donde entraron los nobles acuchillando á los plebeyos.

(3) Resulta, pues, que los revolucionarios de la Union, y los holgazanes que los apoyaban, no pueden reclamar participacion ninguna en las glorias de las campañas de Sicilia, ni en la epopeya de la expedicion de aragoneses y catalanes á Levante. Admitido ese principio de no pasar el mar, ó no embarcarse, ¿cómo hubiera podido Don Jayme conquistar á Mallorca? Reducido el Rey á estar á la defensiva ¿no era una cobardía el hacer esa peticion indigna de aragoneses?

(4) Esta prohibicion quizá se diera para fomentar la cria de ganado, disminuida por alguna epidemia. La revolucion despues de la cobardía y holgazanería mostraba su glotonería.

(5) Muy buena peticion: lo mismo se pedia en Castilla, pero solia suceder que los que tal pedian tenian trampas con los judíos, y pidiendo contra ellos en público los favorecian en secreto.

Item, demandan que en todo caso, assí en criminal como en civil, que ualga fianza de dreyto contra senyor e contra oficiales, e contra todo homne, exceptuando en deudo manifesto, segun que fuero requiere.

Item, quel senyor Rey faga Cort general de Aragon en cada un anyo, una vegada en la ciudad de Çaragoza (1).

Item, que la tierra e las honores quel senyor Rey dará á los ricos homnes, que los ricos homnes la partan á los caualleros (2).

Item, quel senyor Rey ni sus sucesores no demanden ni prendan, ni demandar ni prender fagan, agora ni en ningun tiempo, monedage en las villas ni en los lugares que han ni aurán, ó por qualquiere manera ó razon aquellos ternan e possediran de los vassallos de los ricos homnes, mesnaderos, caualleros, infanzones, ciudadanos e otros homnes de las villas daragon; mas que el dicho monedage hayan e prongan de los lugares que no han e aurán los dichos ricos homnes, caualleros, infanzones, ciudadanos de las villas daragon e los suyos, segun que antiguament usaron y acostumpnaron deprenderlo (3).

Protiestan los sobredichos ricos homnes, mesnaderos, caualleros, infanzones, ciudadanos, e los otros homnes de las villas, e de los villeros, et de toda la universidat del reyno daragon, que saluo sia que á ellos, e á cada uno dellos, e á las cibdades, e á cada una de las villas e de los villeros daragon toda demanda ó demandas que ellos ó cualquiera dellos puedan ó deuan far asi

(1) Y ¿por qué habia de ser precisamente en Zaragoza? ¿Qué derecho tenían aquellos Señores y los revolvedores de las parroquias del *gancho* y la *socarrina*, para exigir que las Cortes se tuvieran en donde ellos pudieran ejercitar las funciones de la partida de la porra, no del todo desconocidas por entonces?

Precisamente aquellas Cortes habian comenzado en Tarazona, y para poder imponerse al Rey las habian hecho trasladar los revolvedores á Zaragoza. Véase cómo entendian ya la libertad los revolucionarios de la Union.

(2) Suponemos que no se computará entre las libertades de Aragon el convertir en señoríos el territorio libre y de realengo, y partirse el botin los revolucionarios, mientras escatimaban al Rey y al pais sus mezquinos servicios.

(3) Y despues de no pagar tributo ni al Rey ni para el Estado, exigian que éste los tuviera en comanda mientras ellos iban á probar fortuna.

en especial como en general (1), con privilegios ó con cartas de donaciones, de camios, ó menos de cartas, quando á ellos ó qualesquiere dellos visto será, que puedan al senyor Rey demandar en su tiempo e en su lugar.

VICENTE LAFUENTE.

*(Se continuará.)*

(1) Por si acaso era poco lo que habian pedido, se reservaba todavía, y á buena cuenta, el derecho de pedir mas, y no solo en general y colectivamente, sino tambien en particular é individualmente.

EL CHATO DE BENAMEJÍ.  

---

## SONETO.

Tú, de Benameji famoso Chato,  
Agil, resuelto, emprendedor y cuco,  
Que gracias al poder de tu tabuco  
Cobraste en los caminos el barato.

No vió jamás la gente de tu trato  
En taberna, garito ni tabuco,  
Gitano, calabrés ó mameluco  
Que te llegara al polvo del zapato.

Pero todo acabó, no hubo remedio:  
Te echaron mano y asomó de pronto  
El verdugo cruel que te hizo noche.

La erraste, vive Dios, de medio á medio,  
Porque en lo de nacer fuiste tan tonto,  
Que si naces despues andas en coche.

JOSÉ SELGAS.

## Á LA SANTA CRUZ \*.

---

Arbol divino, hermoso y refulgente,  
 Extiendes puro tus amantes brazos,  
 Siendo el consuelo de la humana gente  
 Y el amor que nos une en dulces lazos.  
 ¿Quién podrá no abatir su altiva frente,  
 Y quién esquivará ya tus abrazos,  
 Si tu poder nos presta tal consuelo  
 Que nos abre de par en par el cielo?

Por eso anhela abandonar el mundo  
 El alma, y penetrar en la alta esfera,  
 Dejando aqúeste valle ruin profundo.....  
 Para gozar de eterna primavera,  
 Iluminada por el sol fecundo  
 Que de tus brazos hoy se difundiera;  
 Que viéndose por ti ya redimida,  
 Dolor encuentra sólo en esta vida.

Mas también abrasados por tu celo  
 Van á tu sombra nobles vencedores;  
 Tu imágen en su escudo es su consuelo,  
 Su espíritu rebosa en tus amores,  
 Y en la lid son, mejor que héroes del suelo,  
 Genios insignes que, con tus favores,  
 Saben triunfar gloriosos en Lepanto,  
 Y en las Navas honrar tu nombre santo.

---

\* Bien merecen los honores de la impresion estas octavas, cuyo autor no ha cumplido todavía 14 años.—(N. de la D.)

Con la real sangre de que estás teñido  
Embalsamas al alma suavemente,  
Y abres tu seno dulce y escondido  
Para que allí se acoja eternamente,  
Siendo tus ramas el amante nido  
Do se mueven y viven santamente  
Cuantos quieren gozar de tus amores  
Acompañando á Cristo en sus dolores.

ESTÉBAN CRESPI DE VALLDaura.

## SECCION BIBLIOGRÁFICA.

## PRÓLOGO A UNA TRADUCCION DE LAS GEÓRGICAS.

*Al excelentísimo señor Dan Marcelino de Aragon Azlor,  
duque de Villa-hermosa.*

Mi excelente amigo y tocayo: Acabo de leer los pliegos que V. me ha remitido de su elegante traduccion poética de las *Geórgicas*. Usted que conoce mis aficiones, adivinará con cuánto placer y fruicion he hecho esta lectura. Aquí, donde las letras clásicas, en otros dias tan florecientes, yacen en lánguido y miserable abandono, sin que los mismos á quienes mas directamente incumbe su custodia y enseñanza, den muestras de conocerlas y amarlas con la piedad íntima y filial que ellas merecen, es dulce consuelo el ver á un Grande de España, heredero de las tradiciones y recuerdos de gloriosísima casa aragonesa, estimular con su ejemplo á nuestros dormidos ó rezagados humanistas, tomar puesto entre los primeros, y enriquecer nuestra lengua con una esquisita version del mas perfecto de los poemas latinos. Nuevo y fehaciente testimonio de que el brillo de la estirpe nunca estuvo reñido con el esplendor de las letras.

La misma eleccion del original que V. ha traducido prueba ya discrecion y buen gusto. Entre todos los poetas de la antigüedad, ninguno hay de espíritu tan moderno, tan humano, y en cierto sentido tan cristiano como Virgilio. Ninguno tan grato al paladar de nuestro tiempo y de nuestras gentes. Otros, especialmente griegos, cumplen mejor con el ideal plácido y sereno del arte antiguo: solo Virgilio tiene como adivinaciones y vislumbres de lo porvenir. La admiracion de lo sencillo y majestuoso se va detrás del arte Homérico: el corazon y el afecto se van detrás de

Virgilio. Desde que en las aulas de latinidad tomamos de memoria sus exámetros, conviértese en amigo y familiar compañero nuestro, único punto de semejanza que con Horacio tiene. Horacio nos da el fruto, á veces amargo, del árbol de la vida: Virgilio la sávia juvenil y vigorosa. Apréndense del uno máximas de epícúrea moderacion y templanza, del otro, castas, gentilísimas y nunca enervadoras melancolías. Excelencia de la poesía clásica fué el sentir de un modo íntimo y verdadero la naturaleza, y amamantarse á sus pechos exuberantes, y vivir de su vida, y crecer con sus caricias, sin perder por eso el artista su propia individualidad en el laberinto de los pormenores, ni abismarse en el océano de la existencia. Pero nadie como Virgilio para iluminar con la luz de su alma el espectáculo de la naturaleza y de la vida humana. El, en plena civilizacion gentil, dió forma única é imperecedera á ciertos aforismos del dolor, no secos y desabridos como los de Lucrecio, sino bañados de suave y reposada tristeza.

Como todo lo que es exclusivamente humano nos toca y conmueve mas de cerca, quizá estrañen algunos que en vez de traducir la *Eneida*, haya traducido V. las *Geórgicas*. Ciertamente que en la *Eneida* aparecen mas de resalto las cualidades de Virgilio como poeta de sentimiento, de tal modo que á bellezas de esta índole debe aquel poema su eterna celebridad y perenne juventud, con ser en todo lo demás obra de imitacion, no igual, ni con mucho, en grandeza severa, ni en virginal hechizo á los modelos imitados. Nadie busca en la *Eneida* el reflejo mas ó menos pálido de las batallas de la *Iliada*, y de los viajes de la *Odisea*, nadie se interesa por el piadoso protagonista, pero, ¿en qué alma no hallarán eco la desesperacion de la enamorada reina de Cartago ó las lágrimas de la madre de Eurialo?

Verdad es todo esto, y sin embargo las *Geórgicas* son mas acabado é intachable poema que la *Eneida*, y bien hacia su autor en preferirlas, que mayor hermosura de estilo poético jamás se ha visto en el mundo. Si con ojos poco atentos se examinan las *Geórgicas*, parecerá que tienen el pecado capital de pertenecer á un género híbrido y poético á medias, el que llaman *didáctico*, donde la leccion y la enseñanza usurpan dominios y esferas de la poesía. No canonizo el género, pero si algo vale en el arte la dificultad vencida, y no ya la dificultad técnica, sino la que re-

sulta de la lid con una materia ingrata, admiremos sin tasa al ingenio que, de fondo en apariencia tan árido y estéril como las labores rústicas, acertó á sacar tan opulenta y generosa vena de poesía. Pobre y mezquino elogio para Virgilio sería el decir que jamás cae en prosaismo de espresion, y que ennoblece y realza lo mas trivial, no con las perífrasis y los rodeos que usan las literaturas académicas, temerosas siempre del vocablo natural y sencillo, sino con felices asociaciones de palabras, con aquellos audaces epítetos, cuyo secreto murió con las leguas clásicas, y que (por decirlo así) dan forma y cuerpo al sustantivo á que se juntan, y hacen un cuadro y una descripción en una frase. ¡Arte peregrino de dición, que congrega todos los elementos pictóricos y musicales del lenguaje, no para derramarlos con prodigalidad ostentosa, como tantos y tantos vanísimos poetas descriptivos, sino para hacer de ellos uso sóbrio y reglado por el buen gusto! Pero aún se admira en el poeta mantuano otro arte mas divino y maravilloso que este: el de hacer que lleguen al alma el mas profundo sentido y las mas recónditas armonías de la naturaleza, de suerte que hasta lo inanimado y lo insensible nos conmueva, como si tuviese voz y alma. Describiendo anatómicamente y con no igualada perfeccion realista la peste de Atenas, no consiguió Lucrecio mayores efectos, ni hirió tan de lleno las fibras del alma, como nuestro Virgilio en la descripción de una *Epizootia*. Y caidas y cortes de árboles hay en las *Geórgicas*, que hacen sentir y meditar mas que la muerte de un guerrero jóven en épica batalla, y celos y amores de toros, mas dramáticos que las pasiones de muchos seres humanos; y el mismo interés se toma por las abejas virgilianas, que por una república laboriosa y bien ordenada. Fuera de que el poeta favorito de Augusto, fiel á las grandes leyes del arte descriptivo, nunca olvida la figura humana en el fondo del paisaje; y cuando mas entretenido parecia en la esplicacion de los ingertos, ó de la cria caballar, ó de la reparacion de las colmenas, interrumpe de súbito los preceptos geopónicos, para saludar con lirico entusiasmo á Italia, madre fecunda de mieses y de héroes, ó para llevarnos bajo el techo pobre y feliz del anciano Corycio, ó para reproducir los lamentos de Orfeo por la pérdida de Euridice.

*Te, dulcis conjux, te solo in littore secum,  
Te, veniente die, te decedente canebat.*

Nunca lograrán prolijas descripciones, arte menudo é impotente de los siglos de decadencia, producir en el ánimo la impresión de serenidad y frescura que brota de la evocación súbita, no más que en dos versos, de las grutas, y los vivos lagos y el frígido Tempe, y los mugidos de los bueyes, y el blando sueño á la sombra de los árboles.

*Speluncae, vivique lacus et frigida Tempe  
Mugitusque boum, mollesque sub arbore somni.*

¡Quién olvidó las *Geórgicas* despues de leídas una vez! ¡Quién dejó de aprenderlas de memoria, teniendo gusto y entendimiento de hermosura! ¡Quién, amante de su patria y lengua, no deseó verlas reproducidas dignamente, entrando, como en lid honrosa, el romance castellano con su madre latina! No digo acercarse al original, que esto es imposible en lenguas modernas gastadas, analíticas y seniles, faltas de espontánea y primaveral energía, impropias para la condensación fecunda: no en el acercarse, repito, sino el traer á nuestros idiomas alguna de aquellas riquísimas preseas, es empeño heróico y digno de toda alabanza. Cuando se traduce una obra en que lo humano y universal del asunto ó la novedad y trascendencia de las ideas apenas dejan reparar en los primores de estilo, el traductor puede quedar airoso á poca costa, no más que con ser fiel y concienzudo. Pero traducir bien un libro como las *Geórgicas*, en que cada período y cada verso encierran maravillas de elegancia y han sido caldeados cien veces en el horno sagrado de la inspiración reflexiva, es, en mi concepto, uno de los más gloriosos triunfos literarios, aunque no sea de los que el vulgo más aplaude y galardona. Conocimiento profundo, no ya de las dos lenguas, sino de sus recursos poéticos y de los ápices del estilo del autor: talento de versificador flexible y dócil, como se exige de quien ha de interpretar exámetros de tan varia y paciente labor, no fáciles y abandonados como los de Ovidio, ni monótonos y de un mismo son como los de Lucano,

siempre en la misma cuerda recia y tendida: sencillez y llaneza rústica á las veces, otras amplitud y elocuencia, y en todo ello un desembarazo y gala que no parecen de estos tiempos, y que arguyen la mejor y más generosa educacion clásica, hallará en la version de V., amigo Duque, quien quiera que con la atencion debida á tan largo trabajo la examine. Yo que tanto insté por que V. la publicara, apenas tuve conocimiento de ella, la saludo hoy con toda la efusion de mi alma: que no es poca la que siente el aficionado á las letras humanas cuando un libro de esta especie viene á romper la monotonía de la literatura insulsa, sin estudio y sin jugo, que hoy predomina.

Ni se tenga por empresa inútil la de una nueva traduccion de las *Geórgicas*, sobre las muchas que en castellano existen, y de que ya en otra ocasion formé largo catálogo. Dia vendrá en que los aciertos de todas ellas se aprovechen para la traduccion definitiva, para el gran monumento de que nuestra lengua es todavía deudora á Virgilio. Poco fruto podrá sacarse de los rudos endecasílabos de Juan de Guzman, humanista sin aliño y sin arte, ni de los de Cristóbal de Mesa, á quien no valió la amistad del Tasso, ni la más ardua labor, para ser poeta original, ni siquiera buen intérprete de pensamientos de otros.

De los traductores del siglo XVI, sólo Fray Luis de Leon era digno de medirse con Virgilio, pero Fray Luis de Leon no tradujo más que el primer libro y la mitad del segundo, fuera de que su version más bien debe llamarse paráfrasis, como que la compuso en octavas reales, procediendo además con toda la libre y generosa audacia de su índole poética. La lengua ganó mucho con su ensayo: no tanto la interpretacion virgiliana. Leemos á Fray Luis de Leon y no á Virgilio, ni diré yo que perdamos siempre en el cambio, porque en aquellos versos duros é incorrectos, pero francos y vigorosos, expansion de un alma poética que remozaba todo lo antiguo, adquirió por primera vez carta de ciudadanía literaria la lengua de los labradores castellanos.

De las traducciones que humanistas posteriores hicieron, sólo quedan en pie tres: la de Perez del Camino, versificada muy desigualmente y concisa en demasía, hasta el punto de perder ó dejar intactas frases y hasta pensamientos bellísimos del original, al paso que otras veces amplifica y deslie, pecado inseparable de

las octavas reales: la que del libro primero hizo el peruano Juan de Arona, abundante poeta descriptivo, de la escuela de Andrés Bello, y la muy elegante que de todo el poema nos ha dado el insigne humanista colombiano D. Miguel Antonio Caro, traductor de todas las obras de Virgilio.

Sin lisonja, ni amistad ciega, puedo decir que á ninguna de ellas cede la de V. en conjunto; y que en ciertas condiciones de exactitud y fidelidad aventaja á la francesa tan celebrada de Delille, cuyas perifrasis académicas llegan á marchitar cuantas prolíficas lozanías derramó en el original la musa de los campos.

Determinado estaba yo á citar algun trozo de la version de V., tomando, por ejemplo de lo que más me agrada, la descripción de los prodigios que acompañaron á la muerte de César (en el libro primero) ó la vida del labrador (en el segundo) ó los amores de los toros (en el tercero). Pero, ¿á qué extraer, cuando el lector ha de verlo todo á continuacion de esta advertencia? Sólo me toca reiterar á V. mi enhorabuena, y felicitarle de haber sido el primero en conocer y aplaudir trabajo de tanto precio.

De V. siempre afectísimo amigo,

M. MENENDEZ PELAYO.

## CRÍTICA DRAMÁTICA.

---

EL GRAN GALEOTO, *drama en tres actos en verso precedidos de un diálogo en prosa*, por D. JOSÉ DE ECHEGARAY.

---

### ARTÍCULO I.

El compromiso de apreciar en esta REVISTA cuantas obras dramáticas de algún valer se sometan á la consideración del público, me impone obligación ineludible de aquilatar el nuevo drama del Sr. Echegaray, cuyo éxito ha movido tanta algazara. Nada más grato para mí, si al hablar de *El gran Galeoto* me fuese dado seguir el hilo de la corriente general y unir mi voz al coro de alabanzas con que saludan al autor dentro y fuera del teatro. Nada menos agradable, habiendo de ponerme en disonancia con el común sentir de los entusiastas encomiadores del poeta. El Sr. Echegaray es persona de mi mayor simpatía, no solo por la afabilidad de su trato, sino también por el superior talento que le distingue. Hasta el afán con que asiduamente se consagra al arte de Lope y de Calderón, tal vez más enamorado de la gloria poética que de la importancia política y de los lauros científicos, acrecienta la amistosa consideración que me inspira. Y sin embargo, por efecto de lo que vale y representa en el campo de nuestra literatura; por virtud de la gran influencia que ahora ejerce en la dramática española; por el encarnizamiento con que le aplauden sin ton ni son escritores incapaces de juzgarlo atinadamente, y más que todo, por la obligación en que estoy de apreciar sin acepción de personas el mérito de los ingenios y de las obras á que haya de referirme, habré de pasar por el disgusto de señalar en *El gran Galeoto* como vulgar, defec-

tuoso ó nocivo, algo de lo que muchos encarecen teniéndolo por digno de singular admiración.

El sistema dramático del Sr. Echegaray, en quien sus fervientes adoradores ven un *nuevo autor* siempre que ofrece al público por primera vez alguna de las piezas que da al teatro, no es para avalorado en conjunto al discurrir sobre el mérito especial de cualquiera de ellas. Por lo mismo que le consideran como un Colón descubridor de regiones desconocidas en el inmenso piélago de la literatura nacional, ha menester la crítica detenerse á discernir si tales descubrimientos lo son efectivamente, y cuál sea en todo caso el valor de su índole y circunstancias. Autor de quien se afirma que en cada una de sus producciones escénicas abre un *nuevo campo* á las musas teatrales y despliega horizontes que no habían logrado ver los dramáticos que le han precedido, á pesar de contarse entre ellos ingenios de tanto fuste como el Duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Ayala y Tamayo (por no hablar sino de los que han vivido ó viven entre nosotros), pide algo más que indicaciones incompletas hechas como de pasada en el juicio de una sola de sus producciones. Mi objeto al trazar estas líneas se reduce, por tanto, á examinar imparcialmente *El gran Galeoto*, dejando para otra ocasión el detenido estudio de la dramaturgia del poeta.

¿Qué es, pues, *El gran Galeoto*? ¿Tiene esté drama la importancia que le conceden? ¿Hay en él la extraordinaria perfección de fondo y forma que han creído ver casi todos los periódicos madrileños?

Para contestar á estas preguntas como es debido, empezaré por hacerme cargo del pensamiento de la obra, expuesto como en embrión en el *diálogo* preliminar; examinaré después los medios empleados para desarrollarlo y hacerlo visible; analizaré en seguida rápidamente los caracteres y las pasiones de que se ha valido el autor con el fin de darle realidad humana; discurriré á continuación sobre la estructura del poema; y terminaré apuntando algunas observaciones acerca del estilo, del lenguaje y de la versificación.

Lo primero que salta á los ojos en el nuevo drama de Echegaray es la extrañeza, por no decir extravagancia, del título. Tan raro é ininteligible ha debido parecerle á él mismo, que ma

satisfecho de cómo lo explica por boca de los interlocutores en la escena quinta del acto segundo, ha creído necesario abrir camino para que se pueda comprender la interpretación que da á la palabra *Galeoto* y el objeto á que la dirige, mediante un *diálogo* en prosa, equivalente al *prólogo* de los antiguos.

Si un poeta que no fuese Echegaray (cuyos mayores deslices han tenido siempre la fortuna de encontrar encomios) se hubiese atrevido á dudar de la comprensión y perspicacia del público, entrando en previas explicaciones sobre la idea fundamental de una obra, como para ponerle en aptitud de apreciarla debidamente, habría pagado caro el atrevimiento. En Echegaray se ha celebrado esto mismo, aun creyéndolo innecesario algunos de los que más le ensalzan.

Que el autor de *El gran Galeoto* ha desconfiado de la penetración del público, y que esta desconfianza le ha inducido á escribir y hacer representar el *diálogo*, no tiene la menor duda: los periódicos más encariñados con el drama lo declaran paladinamente. Citaré palabras textuales de varios de ellos, para demostrar la exactitud de mi observación.

«No escatimaremos los elogios al Sr. Echegaray (estampa *El Globo*, refiriéndose al susodicho *diálogo*) por esa especie de aperitivo, ó por ese acicate con que empieza estimulando el interés del espectador, hasta el punto de *hacerle creer necesaria esa pauta para la inteligencia.*»

«Precede al drama un prólogo en prosa (escribe *La Época*), el cual *tiene por objeto explicar al público lo que es el drama.... También explica en el Echegaray al público el por qué lo ha escrito.*»

Y *El Liberal*, aludiendo al famoso dramático, dice: «Le pareció que si el público no entraba en el drama prevenido ya de su intención filosófica, el drama sería rechazado.... Entonces *discurrió ponerle un prólogo explicativo.*»

El ingenioso escritor que ha trazado las precedentes líneas condena esta idea del prólogo; y mostrándose un si es no es resentido del móvil que la engendró, exclama: «¡Gran error es, en efecto, *creer* que algun autor pueda entender mas que.... **TODO EL MUNDO!**»

Si la creencia que aquí se censura ha de estimarse como ex-

presión de injustificado recelo ó como fruto de exajerada soberbia, lo decidirá el lector en vista de lo que expondré más adelante. Pero el prólogo de que se trata no tiene sólo este aspecto personal y de relación entre la inteligencia del poeta y la del público. Fuera del sentido que pueda envolver, representa algo por sí, como parte ó elemento mínimo del poema dramático. En este concepto no se debe guardar silencio sobre la peregrina idea de resucitar el *prólogo* explicativo de la comedia clásica, antigualla proscripta con harta razón, merced á los progresos del arte.

Á no ser tan grande la ignorancia de los que se arrojan á decidir en asuntos de que apenas tienen conocimiento superficial, atribuyéndose el papel de ministros de la ciencia (como si esta consistiese en no saber bien el hombre lo que se dice), disparatarían mucho menos en materias artísticas ó literarias. Tener por *novedad* importante, por *atrevimiento* propio de la osadía sólo permitida á un genio, la invención de esa especie de advertencia destinada á preparar el ánimo de los espectadores y á darles razón del pensamiento de la obra que se va á representar, es un despropósito en que solo pueden incurrir los que desconocen la historia universal del teatro. Y sin embargo, á más de uno que presume de entendido, y que se la echa de maestro en materias teatrales, he oido encarecer el diálogo en prosa que antecede á los tres actos en verso de *El gran Galeoto* estimándolo como *novedad* muy atrevida. Nada tiene de extraño que aun las cosas más sabidas y más vulgares parezcan nuevas y extraordinarias á los que no las conocen ni por asomo; pero de aquí no se deduce que realmente lo sean. ¿Qué diríamos del juez que fallase un pleito sin estar enterado de los fundamentos del litigio ni haberse tomado la molestia de estudiar los autos?

Explicar la idea, exponer el argumento del poema escénico en una relación ó *prólogo*, encomendándola á personas llamadas á intervenir en la acción, según lo ha hecho el Sr. Echegaray, es cosa tan nueva como lo dicen las palabras que Mercurio dirige al público antes de empezar el acto primero en el *Anfitrión* de Plauto. Esta costumbre, seguida constantemente en las obras representables de los cómicos latinos, se observó también en Italia y en toda Europa desde la época del renacimiento, no ya fiando siempre á un solo personaje el cuidado de hacer tal explicación,

sino efectuándola por intervención de varios, como en *La Strega* de Grazzini y en *La Cortigiana* de Aretino. Nosotros seguimos la misma costumbre á fines del siglo XV y en gran parte del XVI. Para comprobarlo bastará recordar una sola pieza dramática de entonces, la *Comedia de Sepúlveda*, que se hubo de componer antes de 1547. En ella precede á la accion un *diálogo* explicativo de la misma índole que el de Echegaray, donde advierte algun interlocutor «que es yerro irse con la opinión del vulgo, porque en la plaza llena muchas veces está el desierto.»

No es, pues, *novedad* intentada por Echegaray (ni él la da por invención propia) la de exponer los fundamentos del drama en un diálogo preliminar. Pero aunque lo fuera, ¿se debería recibir como innovación plausible? De ningun modo. Cuando el drama no había llegado al punto de perfección externa en que se halla ahora, no era extraño que el autor necesitase entrar previamente en cierto género de explicaciones para poner al público en autos de lo que iba á ver representar. Pero á medida que fueron cobrando amplitud y regularidad el ordenamiento y la estructura artística de la fábula, empezó aquella costumbre á caer en desuso, llegando á desaparecer completamente no bien los poetas encontraron medios de mezclar en el tejido mismo de la acción cuantos antecedentes ó circunstancias debía conocer el auditorio para poder abarcarla y comprenderla en todos sus pormenores. Apelar á tan añejo recurso con objeto de hacer comprensible lo que el drama está obligado á explicar por sí mismo, so pena de faltar á las condiciones propias de su naturaleza y de su fin, es un retroceso contrario á las leyes por que hoy se rige la dramática, una indirecta negación del gran progreso realizado en el modo de trazar y desenvolver este linaje de poemas.

Á juicio de un diario que no escatima elogios al mérito de los que profesan ideas distintas de las suyas, el *diálogo* á que se alude «parece una colección de leyes para la *nueva fórmula dramática* que el Sr. Echegaray sostiene con tanta valentia entre nosotros.» Cuál sea esta fórmula, y en qué consista su *novedad*, no lo ha revelado aún ninguno de los que tanto la pregonan. Pero como he de penetrar en el fondo del *diálogo* para hacerme cargo de lo que expone acerca del pensamiento del drama, no estará demás apreciar también las indicaciones relativas á la

*nueva fórmula* del autor. De sentir sería que éste se hubiese valido del desmañado y mezquino resorte de un *prólogo* al modo antiguo para dar á conocer desde el foro escénico las leyes de su sistema dramático, en vez de imitar el arte supremo con que Moratín habló del suyo en *La Comedia nueva*, satirizando al par y dando el golpe de gracia á la ridícula dramaturgia de Comella y de sus secuaces.

Con rubor lo declaro: tal es mi cortedad de vista y de entendimiento, que por más que he hecho no he podido descubrir en el *diálogo* en cuestión ley ninguna de fórmula dramática nueva ó vieja, ni nada que pueda estimarse como principio generador ó regulador de un sistema poético de cualquier especie. ¿Será que el entusiasmo por Echegaray, y la admiración que inspira, turbe y ofusque á sus más sagaces devotos haciéndoles ver visiones? Porque, á decir verdad, no creo que sea gran descubrimiento, ni que deba considerarse como ley ó precepto artístico, el decir, cuando se trata de un argumento complicado que no es fácil encajar en los reducidos límites de la acción dramática, que *todo consiste en darle forma*. Medrado estaría quien viese en esta vulgaridad una ley poética, y buscase en su interpretación el modo de componer bellos dramas. Á menos que no se comprenda la idea de esa *nueva fórmula* en los siguientes pasajes:

*Ernesto*, que en el prólogo personifica al autor y es después uno de los principales interlocutores de la obra, dice que el personaje que la *crea, desarrolla y anima* «no puede salir á la escena»; que «no cabría *materialmente* en el escenario;» en una palabra, que «ese personaje es.... *todo el mundo*»

Á lo cual replica *D. Julián* con muy buen sentido, condenando hasta cierto punto lo que el autor se propuso hacer y ha procurado efectuar: «*Todo el mundo* puede condensarse en unos cuantos tipos ó caracteres..... Tengo oído que esto han hecho los maestros más de una vez.»

«ERNESTO. Sí, pero en *mi caso*, es decir, en *mi drama*, no puede hacerse.»

D. JULIÁN. ¿Por qué?

ERNESTO. Por muchas razones, que fuera largo el explicar.»

Como se ve, el Sr. Echegaray no se ha propuesto consignar aquí ley ninguna para lo que se llama impropia é inexactamente

*nueva fórmula dramática*. Lejos de ello, se limita á decir que en el caso determinado y concreto á que se refiere, esto es, en el relativo á su drama, *no se puede hacer* lo que *D. Julián* indica á *Ernesto*. Pero en esa, como en otras cosas, el Sr. Echegaray se ha equivocado de igual suerte que los que le aplauden sin medida.

Estos han creído ver nada menos que una colección de principios ó reglas fundamentales concernientes á una poética innovadora (que no otra cosa quiere decir lo de *nueva fórmula dramática*), donde el Sr. Echegaray no ha pensado ni hace sino exponer meras consideraciones, desprovistas de todo espíritu doctrinal, para encarecer las dificultades que ofrecía reducir á forma representable el pensamiento de *El gran Galeoto* como él lo ha vislumbrado y concebido. La equivocación no puede estar más patente.

El Sr. Echegaray, por su parte, afirma con tenaz insistencia, por boca de *Ernesto*, que *no se puede* condensar en unos cuantos tipos ó caracteres (según la frase auténtica de *D. Julián*) lo que denomina *todo el mundo*, y remacha esta idea con las siguientes palabras: «Si yo represento la totalidad de las gentes por unos cuantos tipos ó personajes simbólicos, tengo que poner en cada uno lo que realmente está disperso en muchos, y resulta falseado el pensamiento.» Pero como no hay modo de sacar al teatro á *todo el mundo* sino simbolizándolo, concentrándolo, por decirlo así, en unos cuantos personajes, el mismo poeta que reniega de esta manera de representación simbólica, por reputarla ineficaz para realizar su pensamiento, hábil sólo para falsearlo, recurre á ese procedimiento único (creyendo y esforzándose por hacer creer lo contrario) en el hecho de presentar como eco, reflejo, personificación, ó lo que se quiera, de la implacable maledicencia de *todo el mundo*, á *D. Severo*, á *Doña Mercedes* y á *Pepito*. ¡Singular ofuscación la de un hombre cuyo extraordinario talento admira á tantas personas, y que ha consagrado la mayor parte de su vida á cultivar y enseñar la ciencia madre de los cálculos exactos!

MANUEL CAÑETE.

(Se continuará.)

## CRÓNICA POLÍTICA

## DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

## I.

Cuentan las crónicas militares que en tiempo de la guerra de la Independencia fué, por mal de nuestros pecados, encargado de dirigir una decisiva batalla un general de cuyo nombre no quiero acordarme.

Este rival de Napoleon, que por lo visto abrigaba respecto á manobras militares las teorías modernas del *Laissez faire* y del *Laissez passer*, que nuestros actuales regeneradores creen aplicables al régimen y gobierno de los pueblos, en vez de prevenir con audaces golpes de mano, ó con acertadas y prudentes disposiciones el plan del enemigo, se limitó, si no miente el cronista, á posesionarse de la elevacion de una torre, desde donde, hecho señor del campanario, dirigia cuidadosamente su anteojo en varias direcciones.

«¿Qué ve nuestro general?» Le preguntaban ansiosos sus ayudantes desviviéndose por montar á caballo.

«Que vienen,» contestaba flemático el general.

Y volvía á estirar el anteojo.

De pronto una nube de polvo oscurece por la izquierda todo el horizonte. Parecia la que debió preceder á la invasion de los bárbaros del setentrion.

El general retiró el anteojo, y volviéndose á los que le rodeaban les dijo:

«Buena se va á armar.»

Y volvió á enristrar su catalejo.

El viento, soplando de repente, barrió con sus ráfagas la polvareda, y el sol, desgarrando las nubes, se miró en los brillantes arneses de los soldados del imperio, que como un mar de azul y oro se desparramaban por el llano, flanqueaban nuestro ejército, y se hacian dueños de nuestras posiciones.

El general esta vez, dejando el anteojo apoyado sobre el agujero de la tronera, exclamó convencido:

«¡Cuando les digo á Vdes. que se va á armar una gorda!»

Y satisfecho de su observacion, volvió á jugar el telescopio.

Pero ya no tuvo necesidad de mirar mucho: al polvo de la tierra sucedió el humo de la pólvora; al ruido de la marcha, el estampido del cañon, y el estridente sonar de las descargas de fusilería.

El general entonces dejó caer el poderoso auxiliar de su corta vista, y exclamó entre moino y triunfante:

«No les dije á ustedes, que se iba á armar? Ya está armada.

Y en efecto, tan armada, que los soldados españoles, sorprendidos, por la incuria de su general, ganados por la mano, tomadas por el enemigo las posiciones del campo de batalla, solo supieron morir, dando así testimonio de la previsorá inaccion de su general incomparable.

No sabemos si este insigne hombre de guerra dejó hijos, y si fué larga su sucesion y numerosa su descendencia; pero los conservadores que forman y apoyan al gobierno actual deben descender de él por línea recta.

Situados en el campanario de la monarquía constitucional, ven aparecer los enemigos, los ven adelantar audaces en invasion amenazadora, tomar las posiciones, y en vez de acudir mientras es ocasion con el remedio, se limitan, como su precursor el general, á participarse mutuamente su perspicaz observacion de que va á armarse la gorda.

Y mientras los gobernadores destituyen los ayuntamientos, y los comités constitucionales improvisados á deshora por repentinis monárquicos se organizan en juntas revolucionarias, y los republicanos impenitentes se apoderan de los resortes de la administracion para hacer viables sus candidaturas, los conservadores de la situacion, aquellos infelices conservadores cuyas caras mustias hemos de ver en la próxima legislatura, entonando lamentaciones como modernos Jeremías, perdidos en la red que han dejado tejer en sus propias barbas, mientras llegue la hora de arrojarlos como lastre inútil de la nave de la revolucion, se limitan á contemplar desde sus interinas elevaciones el modo y la manera con que se va á armar la gorda que ha de tirarlos por la ventana.

Cuando llegue el futuro dia de San José y se oiga el grito de «*Progresistas, á defenderse,*» entonces les oiremos exclamar, cariacontecidos y hasta trémulos: «¿No les dijimos á Vds. que se iba á armar? Pues ya está armada.»

¿Como despues de lo que todos hemos presenciado aquí, despues de seis mortales años de universal experiencia; como despues de lo que le pasó á Montpensier con Serrano, á Serrano con Prim, á Sagasta con Ruiz Zorrilla, á Ruiz Zorrilla con Rivero, á Rivero con Martos, á Martos con Castelar, á Castelar con Salmeron, y á Salmeron con Pavia; como despues de aquel vertiginoso panorama, de aquella serie de cuadros disolventes, en que vimos á un motin contra un ministerio convertido en una revolucion contra una dinastía, á una monarquía democrática convertida en una república federal; como despues de ver cambiadas tantas espadas *libertadoras* en espadas *enmohecidas*, de ver cortado tanto y tan imponente *mostacho*, y tanto heroe salvador danzando al son alegre del popular *¡qué baile!* ¿cómo es posible que haya quien se lance por los mismos caminos en idénticos despeñaderos, buscando apoyo contra los adversarios del momento en sus enemigos de siempre, esperando que tal vez no arderá la pólvora cuando se le aplique la mecha, confiando en que el Senado se opondrá como muro al choque del ariete que se está forjando para batirle, y que la regia prerogativa nos sacará del mal paso en que la ponemos? ¡Verdaderamente que es singular, y que honra poco á la especie humana el espectáculo!

No hay asno que tropiece dos veces en la misma piedra, y nuestros hombres de Estado tropiezan en la misma dificultad siempre que pasan junto á ella.

Olvidan que empezaron una revolucion, sonriéndose de los derechos individuales, pensando en Serrano y en Dulce y en Montpensier, y acabaron invocando al Draque.

Vamos, cuando pasan cosas como las que se ven, es porque deben pasar, porque si no debieran pasar, no seria posible que pasasen.

Resignémonos, pues, al espectáculo; veamos cómo saltan de su alvéolo los antiguos ayuntamientos, á impulso del gatillo de los recientes delegados encargados de *mejorar la administracion*; miremos á los candidatos centralistas pospuestos á los impuestos por los comités constitucionales de ocasion y republicanos de preferencia; preparémonos á las discusiones que van á venir pidiendo la rehabilitacion de la gloriosa y la destruccion de todo lo hecho (!!!) en estos seis años de.... (!!!) reaccion (!!!); asistamos al triunfo del popular Balaguer sobre el aristocrático Vega Armijo, al voto de censura, á las vacilaciones del Senado, y al acto final de la traji-comedia política.

A no ser que, contra nuestra prevision, sometido Sagasta á Alonso Martinez, declarado monárquico Castelar, capitaneando la oposicion de S. M. Ruiz Zorrilla, se vuelva Posada Herrera á Llanes, al ver la marcha poco liberal de la situacion, que se empeña en elevar á grandeza de primera clase el ducado de Sagunto.

## II.

La guerra contra la Union Católica no cesa ni un momento, poniendo mas y mas de relieve la buena fe de sus impugnadores.

Aquella terrible conjuración que se convirtió en *sainete trágico* para ser despues *secta tenebrosa y descomunial herejía*, acabando por un lado en *sinistra insubordinación*, al mismo tiempo que en *cofradía piadosa*; aquella obra nefanda que *bendecían* y *maldecían* los Obispos juntamente, que engendraba y mataba nuestro *amanísimos* Prelado, que Su Santidad no queria *aprobar* cuando la *ensalzaba*; aquel *capo di opera* del más *inocente* de los *Maquiavelos*, que *pueril* y *soberbio* á un tiempo, descubrió el arte mágico de trasladar, sin que lo sintieran, *Estella* al *Manzanares*; aquel *engendro de Luzbel*, cuyo azufre sólo pudo percibir el más chato de los mortales, vencedor de intrigas y de calumnias, de *interpretaciones malévolas* y de *tergiversaciones hipócritas*, de embajadas curialescas y de manejos escribaniles, ha despertado de tal modo la bilis de los devotos de ocasion y de los beatos de pega, que desoyendo los consejos de Su Santidad, relegando al desprecio su palabra, *interpretada* y *tergiversada* con *malévola hipocresía*, están á punto de producir un cisma, una verdadera rebelion contra la Iglesia, elevando en frente de los *Obispos* y del *Papa* el principio *liberal racionalista* del *cesarismo secularizador*, por no plegarse á la soberbia y la codicia del que sin duda cree que Nuestro Señor Jesucristo bajó á morir en la Cruz..... para proporcionarle suscripciones.

¡Bien decíamos nosotros que por sus frutos se juzgaba al árbol, que á las obras y no á las palabras era necesario creer, porque escrito está que han de venir al rebaño *sub pelle ovium, lupi rapaces!*

Gracias sean dadas al Señor, que desenmascaró á los impíos y puso de manifiesto el interior de los corazones.

Porque podrán inventar lo que quieran, pero el hecho es que el mensaje á monseñor Freppel, causa ocasional de la Union; las cartas de los Obispos, causas ejemplares de la misma; las bases dadas por el Cardenal, causa formal de ella; la aprobacion solemne y explícita de Su Santidad á la union de todas las fuerzas católicas para luchar legalmente las batallas del Señor, causa final de la Union Católica, están ahí claras, patentes, manifiestas.

Y en vano procurarán esparcir la cizaña entre nosotros, y desperatar sospechas en los buenos sobre el bastardeamiento de la obra por los encargados de dirigirla, pues como los directores son los Prelados, toda sospecha es una ofensa inferida al Episcopado español.

A ese Episcopado, que pretenden dirigir, usurpando sus sacrosantos derechos sus acérrimos y descarados enemigos de ayer, sus interesados protectores de hoy, y que por un impulso irresistible ha contestado acorde á la consulta, y por indicaciones de lo alto fomenta y preside á la obra, obra que podria ser un bien para todos, pero que solo será un mal para los que, olvidando los avisos del Evangelio, anteponen á la justicia de Dios lo que habia de dárselos por añadidura.

Acriminen, pues, á los Prelados, murmuren contra Su Santidad, susciten paralelos y diferencias; la voz augusta de la Religion, la voz solemne de la Iglesia, el eco de la tradicion pontifical nos manda unirnos. *La union es la fuerza* era la divisa de Pio IX, que nos daba como seguro signo de union, *unirnos unos con otros bajo la direccion de nuestros Prelados*.

Oponerse, pues, á esta union, es oponerse á un bien, á un bien manifiesto ante el sentido comun; oponerse á la Iglesia y á la Religion, oponerse á Pio IX y Leon XIII, en suma, oponerse á Dios.

Dios consentirá acaso que prevalezcan las miras de los que se oponen, pero será para su mal.

En cuanto á los que con pura intencion, con recta buena fe, con ánimo desinteresado y sereno hemos contribuido á esta obra salvadora, como lo hemos hecho por Dios, El nos dará la recompensa.

Para medrar individualmente en política (que es de lo que nos acusan los detractores) el camino no podia ser mas largo ni peor. En cualquiera de los partidos legales hubiéramos encontrado medios mas expeditos y seguros, con solo hacer uno de tantos cambios como han hecho los que en las barbas mismas de su historia se erigen en Catones censores de toda consecuencia, de todo desinterés, de toda lealtad.

Continúen, pues, en buen hora su obra de perdicion, que dice mas que cuanto pudiéramos decir nosotros, pues Prelados insignes, Sacerdotes virtuosos, piadosos varones que se resistian á creer tanta maldad, al verla y tocarla, abren los ojos de una vez..... y ya no será posible que vuelvan á cerrarlos.

Sueltos deslizados en los periódicos revolucionarios, que sin duda, por antiguas relaciones de secta conspiran á los comunes fines, escitaciones que quieren parecer hábiles á sus incautos lectores, para que devuelvan *sin abrir* (ya lo creo) los autos de la parte contraria. Sofismas y calumnias á monton, cuantas miserables perfidias pueda poner en juego una conciencia sin escrúpulos, presa de la peor mala fe, á tanto acuden para retratarse mejor que pudiéramos hacerlo nosotros los inspiradores supremos y los alquilones al por menor de la moderna *Carmañola*.

¡Loado sea Dios, que así permite que arroje su careta el mal en su desatentada furia contra el bien!

¡Loado sea, que al fin ha llegado ya la hora de que todos nos conozcamos!

Porque todos nos conocemos ya: que ya ha pasado la hora de los que se engañan; testimonios á millares nos lo dicen, y mientras unos se apartan horrorizados de los directores de la trama, los otros, dejándose ya de trámpantojos, escriben palabras como estas, que escritas conservamos, porque tienen siquiera el mérito de la claridad:

**NOSOTROS NO VAMOS CON EL FENIX NI A ROMA. CON EL SIGLO FUTURO VAMOS AL INFIERNO.**

Vayan, pues, en tan buena compañía, y nosotros con los Obispos, sucesores de los Apóstoles, con el Papa, sucesor de San Pedro, con la Iglesia de Dios.

Caminaremos cercados por la persecucion abierta y por la que, con capa de proteccion, asfixia y mata, por entre los tormentos y los cismas, por entre los Arrios y Nestorios, por entre los publicanos que desconocian á Jesus, y por entre los fariseos que lo delataban, y los Judas que lo vendian.

Pues, si la Union Católica ha de responder á su nombre, á su origen y á su fin, tiene que ser, semejante á la Iglesia, contrariada, calumniada y perseguida, y si ha de producir frutos de bien, tiene que pasar por el Pretorio, y tiene que subir al Calvario, y tiene que cumplirse en ella la profecía del Hijo de Dios:

*Ha sido puesto en el rango de los malhechores.*

Y no alemorizarse por las calumnias, porque ya lo dijo Jesus:

*«Si llaman BEELZEBUB al PADRE DE FAMILIAS, ¿cuánto mas á sus domésticos?»*

Porque solo así se nos podrán aplicar aquellas consoladoras palabras:

*Bienaventurados sois cuando os maldijesen y persiguiesen.*

*Y dijesen todo mal contra vosotros, mintiendo por mi causa.*

*Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es muy grande en los cielos, pues así persiguieron á los Profetas que fueron antes de vosotros.*

Porque este escrito:

**SEREIS ABORRECIDOS TODOS POR MI NOMBRE.**

## III.

A juzgar por lo que hasta ahora aparece, las bombas de los nihilistas han producido el resultado contrario que se proponian. Con la muerte del emperador han afirmado mas su política. Su sucesor, inclinado á las reformas, retrocede al contemplar de cerca á los reformadores; la reaccion se opera en los espíritus, y la comun defensa une y aprieta mas á los que sin el ataque acaso se hubieran desunido. Alemania, estrechamente aliada con Rusia, medita los medios de poner fin á la obra demoledora de la revolucion que avanza. Inglaterra, atenta á su seguridad interior, parece que no opondrá gran resistencia á las medidas de los imperios, y el instinto de conservacion hace que los soberanos y los pueblos miren por el principio de autoridad, amenazado en las entrañas mismas de su esencia por la revolucion cosmopolita y atea.

En Francia continúa la desastrosa política interior, y la torpe y vacilante del extranjero.

La cuestion del escrutinio por lista queda aplazada por ahora hasta despues de las vacaciones, mientras se prosigue la política anti-clerical en la enseñanza y en el ejército. De Túnez, las noticias son cada vez mas alarmantes, y el gobierno, cediendo á fuerza mayor, envia refuerzos á sus tropas. Se habla de un protectorado ó de una anexion que permitirian Rusia, Austria y Alemania, que Italia tendria que sufrir, y á la que solo manifestaria su oposicion Inglaterra.

Esta celosa defensa de la integridad del imperio otomano por parte de la nacion que se ha apoderado de Chipre, y que ha presidido á los proyectos de anexion de Dulcigno, del Epiro y de la Tesalia, no deja de poner de relieve, al par de lo venal de la política británica, el respeto y la consideracion que el gobierno oportunista de Gambetta obtiene de los gabinetes europeos.

En Portugal hay ya quien echa cuentas sobre que les es de mayor provecho y dignidad, si ser ciudadanos de España ó colonos de Inglaterra. En Italia forcejea la monarquía por sobrenadar aun entre el diluvio republicano. En Andorra continúa la lucha por la libertad..... de la ruleta, y la cuestion de Oriente, dormitando al parecer otra vez ante las esperanzas y recelos de los cambios políticos de Europa, espera para despertar ocasion mas propicia.

En suma, sigue el estado de transicion, la crisis, que será cuanto mas aplazada mas violenta en su periodo de estallido, y Roma, que desde lo alto del Vaticano viaja con la esperiencia de 19 siglos, y asistida de Dios, ve el giro revuelto y el encontrado choque de elementos tan varios y distintos, indica con perseverancia admirable á sus hijos la Union, tan necesaria en la hora solemne de los peligros.

Como barca azotada por la tempestad en los furiosos mares de la vida, el anciano infalible que rige con mano diestra el timon, grita alerta á los marineros: si estos, unidos en el pensamiento comun de oír la voz del timonel le secundan, todos arribaremos al puerto. Si prefiriendo seguir la voz rebelde de su individualismo perturbador, se arrojan á particulares maniobras, las sacudidas de la nave dejarán caer á muchos en el mar; pero ella, insumergible, continuará su rumbo majestuoso hácia el faro de salvacion, como el arca santa de Noe sobre las aguas del diluvio.

## MISCELÁNEA.

---

Hemos tenido el gusto de recibir los mapas descriptivos y estadísticos de *La segunda enseñanza en España*, que ha tenido la bondad de remitirnos el ilustrado Sr. Director general de Instrucción pública.

El trabajo, hecho de Real orden durante los dos cursos pasados, es de veras interesante y utilísimo; reúne datos muy dignos de tenerse en cuenta para la historia de la Instrucción pública actual, no solo por la minuciosidad de los cuadros estadísticos contenidos en dichos mapas, sino por el exacto resumen que en las márgenes de los mismos se hace del desarrollo de la enseñanza oficial en España, consignándose, como no podía menos de suceder, aunque solo sea de pasada, que en los conventos y en las universidades—la mayor parte de ellas pontificias, y todas fundadas y protegidas por la Iglesia—fué donde mas se propagó la enseñanza de que son «buena prueba los sabios humanistas que en el Concilio de Trento ilustraron el nombre de España con su profundo saber y vastísima erudición.»

Loable es que con publicaciones como la del *Mapa de la segunda enseñanza* se estimule y enaltezca el amor á los estudios; y sería todavía mas que en este período de la misma se procurase el que la instrucción estuviera cimentada en el santo temor de Dios, restableciéndose la asignatura de Religion y Moral en todos los Institutos del reino, tarea que pudiera desempeñar algun miembro distinguido de nuestro Clero.

En el reverso de los referidos Mapas se encuentra un minucioso resumen general, con multitud de noticias y datos de los Institutos de España.

---

El Sr. D. Clemente Cortejon, catedrático de Retórica en el Instituto provincial de Barcelona, ha tenido la bondad de remitirnos un ejemplar de su libro, titulado *Compendio de Poética*. Deben adquirirlo las personas de buen gusto, porque en el libro del Sr. Cortejon resplandecen las condiciones que debe tener la obra didáctica, es á saber, claridad en la exposicion, buen método, doctrina copiosa y una crítica nada vulgar. Así se explica que en tan breve tiempo háyase agotado la primera edicion, que no era tan completa y acabada como la edicion segunda que tenemos á la vista.

Se vende el citado *Compendio de Poética* al precio de 5 pesetas en las librerías de Hernando, Guio, Fe y Murillo.

---

Con el título de *Cuentos del Pastor*, ha escrito el Sr. D. Cayetano Collado y Tejada, maestro de párvulos en las escuelas públicas de Madrid, un bonito libro, muy á propósito para que los niños se aficionen á la lectura. El Sr. Collado, harto conocido de antiguo por trabajos análogos á este que nos ocupa, muestra una vez más su no desmentida competencia, con esta coleccion de historietas morales, que serán, si las leen, motivo de regocijo para los pequeños y de buena y saludable enseñanza aun para los mayores.

En lugar oportuno va el anuncio de este librito.

---

La Redaccion y Administracion de la *Revista de España* se ha trasladado á la calle del Sordo, núm. 27, piso segundo, izquierda.

## ESTUDIOS BÍBLICOS.

---

### INTRODUCCION.

Grandemente perplejo he andado desde que por el digno Director de esta REVISTA se me hicieron invitaciones é instancias, á que no supe ó no pude resistir, como deseaba, para que apareciese mi nombre entre los de sus redactores. Versaba esta perplejidad sobre el puesto que habia de tomar en el combate á que la REVISTA DE MADRID se apresta, en pro de las doctrinas é instituciones católicas. No porque se me ocurriera ni por un momento tratar asuntos de política, en la cual me confieso del todo profano, ni tampoco de literatura, á la que no me llama mi vocacion; sino porque en la defensa doctrinal directa del Catolicismo hay demasiados puntos á que acudir, supuesto que en todas sus doctrinas é instituciones recibe cada dia los más sañudos ataques, que, merced al estado social presente, debido á multitud de circunstancias, hacen horribles estragos en las almas, y arrastran á las muchedumbres indoctas, y más aún á las semi-doctas, cuyo peligro es mayor. Al menos los ignorantes sólo tienen el ejemplo de otros y sus propias pasiones, para abandonar el seno de la Santa Madre Iglesia que los amamantó; mientras que los doctos á medias, los que se apacientan con periódicos y revistas, y alguno que otro libro de última novedad, con aquellos en que se pretende *vulgarizar* la ciencia—y está muy bien dicho, puesto caso que sólo dan *ciencia vulgar*,—esos desventurados tienen sobre los incentivos que arrastran á los primeros, la seducción que sobre ellos han de ejercer sus frívolas é indigestas lecturas, las cuales, dada

la escasa ó nula preparacion de los lectores y el orgullo nativo del hombre, que teme grandemente aparecer más atrasado que otros, y cree fácilmente haber penetrado los arcanos de la ciencia desde el momento que se le presenta *vulgarizada*, es imposible ó punto menos que no los arrastren en la corriente general.

Nada hay, en efecto, tan eficaz para esta clase de gentes, como el leer en sus libros que la fe católica está ya vencida por *la ciencia*, dicho así, á secas; como si la ciencia, ó las ciencias, que diríamos nosotros, hubieran *demostrado* la falsedad de los artículos de la fe católica. Y es lo más peregrino que, rechazando la fe de la Iglesia, se cree á pies juntillas, se presta la más robusta fe á cualquiera de los autores que más á la moda están, sin reparar en que *la ciencia* de unos está en perfecta contradiccion con *la ciencia* de los otros; que unos son panteistas, otros materialistas, otros positivistas, otros dan culto al criticismo, y no pocos al escepticismo, que es el ápice de la ciencia, la ciencia más sublimada, tanto, que es su completa anulacion. En un solo punto están acordes esos heraldos de *la ciencia*, en rechazar el órden sobrenatural, con lo cual se concluye de una vez con todas las religiones positivas sin esfuerzo ni trabajo alguno, ó al menos se las relega con los positivistas y neo-kantianos al terreno del sentimiento y de la fe; pero no de una fe que, apoyada en la ciencia, sabe lo que cree y por qué lo cree, sino á la fe del carbonero, que cree á ojos cerrados porque sí. Con eso quedan todos los teólogos y todos los sabios cristianos de todos los siglos reducidos á la categoría de vulgo, al que miran nuestros sabios satisfechos con el más soberano desden.

De aquí el que en toda discusion acerca del Catolicismo, y singularmente en las relativas á la Sagrada Escritura, que por ser de mi particular predileccion, me han de ocupar especialmente en esta REVISTA las más de las veces que para ella trabaje, lo primero que se presenta al paso es siempre la cuestion de lo sobrenatural. Y claro es que dicha cuestion debe suponerse resuelta

en toda discusion crítica sobre los libros sagrados. Así lo hacemos nosotros, y así lo hacen los adversarios, aunque en sentido diametralmente opuesto; dando nosotros por sentado que lo sobrenatural es posible, y asunto demostrable el de si se da ó no en la realidad y en la historia; mientras que para nuestros adversarios la narracion de un milagro es argumento irrecusable de una historia apócrifa ó mítica y legendaria, y la existencia de una profecía es prueba demostrativa de ser el libro posterior al acontecimiento á que la profecía se refiere. Y á esto llaman *la ciencia* al tratar de la Biblia; y la que á sí misma se apellida *escuela crítica*, se queda tan oronda cuandò dice que prueba, v. gr., que el Pentatéuco no puede ser de Moisés, porque éste no pudo referir los *imposibles* del paso del Mar Rojo, de las plagas egipcias, del maná ó de la burra de Balam.

Y no es esto solo, sino que de tal manera pretenden asentar un irreconciliable antagonismo entre la fe y la ciencia en materias bíblicas, que rechazan toda interpretacion que tienda á suprimir dificultades ó conciliar antilogias; siendo para ellos cosa precisa entender siempre el texto en el sentido más groseramente literal, para darse de este modo el gusto de relegar la Biblia al rango de cualquier otro libro antiguo de cualquiera literatura, por supersticioso, grosero ó estúpido que sea. ¿Cómo es posible una discusion razonable con estos señores? Si Víctor Hugo ó Echegaray hablaran en sus versos de las *esferas celestes*, ó dijeran describiendo los fenómenos naturales que el sol *camina rápidamente á su ocaso*, seguro es que no les achacarian ignorancia de la moderna astronomía, y esto sería muy justo. ¿Y no lo ha de ser interpretar benévolaente los pasajes más ó menos escabrosos de la Biblia, en los que el autor pretendia hablar de otra cosa y se expresaba en términos vulgares, ó empleaba locuciones poéticas, por cierto mucho más atrevidas que las que permite el gusto clásico á la griega, y tal vez las literaturas europeas? Pues los críticos racionalistas, y el positivismo moderno, y aún algun

autor que anda en manos de todos, y que se tiene por cristiano y espiritualista—y hasta espiritista—se empeñan en que no se ha de hacer así, tratándose de la Biblia; y si ésta dice, v. gr., que Dios crió en el día segundo el *firmamento*, es preciso entender que se trata de un día ordinario— aunque la Biblia dice que el sol fué criado despues—y que el firmamento es una bóveda *firme* y sólida, en la cual están las estrellas como clavadas, y que contiene encima inmensa cantidad de agua, que es bastante para inundar á la tierra si se abren las compuertas que la impiden caer, como en el caso del diluvio. Y aunque los teólogos digan que esa inteligencia no concuerda con la Biblia misma, que supone á las aves viviendo y volando por el firmamento, esto es, por la atmósfera, y las llama por eso cien veces *las aves del cielo*; con todo, estos señores quieren que se entienda en el sentido más rudo y grosero, para poder reirse de las ideas cosmológicas de la Biblia y de los Santos Padres, como hizo en su tiempo Leŕronne, y ahora Draper, oponiéndolas al moderno *concepto del C6smos*, como dicen los sabios.

Conducta es esta á todas luces injusta, áun tratándose de cualquier otro libro ó documento; pero inútil además contra la Iglesia cat6lica, que no admite semejantes interpretaciones; y si declara que la Biblia está inspirada por Dios, permite ámplia libertad de opiniones acerca de los límites de esta inspiracion, y por otra parte sólo reclama un sentido fijo y determinado para los pasajes en que ella lo ha declarado, pues sostiene que á ella sola compete, y por derecho divino, el cargo de interpretar *dogmáticamente* las santas Escrituras. Es, pues, infundado y meramente caprichoso el empeño de los racionalistas, de que la Biblia no se puede ni debe interpretar; que ha de estarse al sentido más óbvio que se presente á la vista, sin tener en cuenta ninguna otra consideracion; que hay que elegir todo ó nada, y si es un libro inspirado por Dios, no hay que tratar de interpretaciones ni componendas para defenderle contra los ataques de la ciencia

moderna. Ya San Agustín decía, que nunca se debe entender la Biblia en sentido contrario á las verdades descubiertas por la ciencia, para no exponerla á las burlas de los incrédulos; y eso quiere siempre la Iglesia que se practique, y hasta es de sentido comun, pues la verdad revelada no puede estar en contradicción con la verdad natural. Y así la ciencia no ha descubierto hasta la fecha cosa alguna contraria á lo enseñado por la Biblia, entendida ésta como la Iglesia la entiende, esto es, en su verdadero sentido; puesto que si el Antiguo Testamento es anterior á la Iglesia cristiana, el Nuevo es posterior, y su divinidad y su verdadero sentido nos constan á nosotros por la Iglesia, que vió que esos libros contenian la doctrina que ella aprendiera de su Fundador, y que estaban escritos por autores inspirados de lo alto. Y lo mismo declara del Antiguo, siguiendo las enseñanzas de Cristo, que repetidas veces la cita y alega, suponiendo y afirmando que *no puede faltar en nada la Escritura*, y que *ni una tilde de ella dejaria de cumplirse*. (S. Juan, X, 35, y S. Mateo, V, 18.)

Pero penetrando más en el fondo de la cuestion, resulta que los enemigos de la divina inspiracion de la Biblia, ó no creen en un Dios personal y vivo que pudiera inspirarla, ó se limitan á un frio deísmo, segun el cual Dios creó ú ordenó el universo segun leyes esenciales al mismo, que por nada ni por nadie se pueden modificar ni aun de una manera transitoria, siendo en este caso la Providencia una palabra sin sentido. Claro está que en uno y otro caso es un sueño y un imposible la inspiracion, y por consiguiente, que jamás podremos entendernos en este asunto, supuesto que partimos de principios diametralmente opuestos. Mas la discusion de estos principios no es propia de los estudios bíblicos, sino de la filosofía, en la cual se *demuestra*—y no rebajamos un ápice del valor de esta palabra—que existe una Providencia, la cual dirige al mundo que libremente crió, por medio de leyes naturales y morales, y tambien por modos extraordinarios y sobrenaturales, cuando así lo determina en su infinita sabidu-

ría: en una palabra, que se da un orden sobrenatural paralelo y superior al orden natural de las cosas, en las cuales no hay nada necesario, puesto que son ellas mismas contingentes, y por lo tanto puede el infinito poder de Dios conducir las á sus fines por vías y medios superiores á las fuerzas naturales, siendo esos medios como las credenciales con que se acredita y garantiza la palabra de Dios y la autoridad de sus enviados.

Todo eso se demuestra en buena filosofía; y no es culpa nuestra si esta ciencia anda tan flaca y lánguida y enfermiza por obra y gracia del positivismo y materialismo que dominan hoy por todas partes fuera de la Iglesia católica, única fuerza capaz y destinada á mantener los fueros de la razón y la dignidad del hombre, rebajado hoy al nivel de los brutos por un saber todo empírico y material.

Dedúcese de lo dicho, que no pudiendo ni debiendo entrar nosotros ahora en estas cuestiones, que damos por supuestas y demostradas en filosofía, habremos de entrar en la crítica histórica de los libros sagrados, con el ánimo dispuesto á no aceptar jamás como razón concluyente ninguna que sólo se apoye en la supuesta imposibilidad del orden sobrenatural y de sus notas distintivas, el milagro y la profecía. El que crea en esta imposibilidad no tiene por qué gastar tiempo en estos estudios; desde luego le concedemos que la Biblia es un libro cualquiera, de mucho valor literario, eso sí, pero que no sirve de criterio para la verdad religiosa, ni para otra ninguna, y que interesa poco averiguar cuándo, cómo ni por quién fué compuesto. Si se parte del panteísmo en cualquiera de sus fases, ó del deísmo, del positivismo más ó menos materialista, ó del escepticismo, nada tenemos que decir. La Biblia es una colección de libros humanos, sin más interés que el de algunos datos históricos poco seguros, y el puramente literario: su origen y autores no nos interesarían más que los de el Talmud, los Eddas, el Dharma-Sastra ó las Mil y una noches.

Pero como estamos en la firme conviccion de que esos sistemas no son *la ciencia*, ni siquiera una razonable filosofia, y vemos atacar nuestros Libros santos cada dia á nombre de *la ciencia*; vamos á entrar en lid para que nadie se asuste por lo rimbombante de la palabra, y pensamos poder probar concluyentemente que el valor de la Biblia subsiste todo entero á pesar de tantos ataques, que no vienen ciertamente de la ciencia verdadera. Y nos mueve principalmente á este trabajo, que será débil y pobre como nuestro, un cierto libro aleman, que ya anda traducido al castellano, aunque muy mal, en el cual con increíble ligereza se pretende vulgarizar entre nosotros las lucubraciones de las escuelas biblico-racionalistas alemanas; pues como son tan frívolos los conocimientos filosóficos y religiosos de tantos jóvenes, y aún no jóvenes, que entre nosotros leen cosas tan graves con la misma ligereza que las obras de Flammarion ó de Figuier, ó los periódicos, dramas y novelas, nos ha parecido que sería una buena obra poner á su alcance un sencillo contraveneno, tanto más, cuanto que hoy se precipita singularmente la juventud sobre todo lo que causa mayor escándalo. La *carga ligera* del Evangelio es harto pesada para gentes dadas en cuerpo y alma al placer; por eso se pretende con ánsia hallar medios de legitimár el acto de arrojarla. Si alcanzamos á preservar á algunos de tan horrible desgracia, no será perdido el trabajo; si no lo alcanzamos, válganos ante Dios y ante los hombres sensatos lo sano de la intencion.

FRANCISCO CAMINERO.

## LOS PARÁSITOS.

### ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

No bien Campos, que se retiró aquella noche de los salones de Tula una hora antes de lo acostumbrado, se separó de Sofia, corrió esta á encerrarse en su cuarto para escribir á Juan Antonio.

La carta empezaba de este modo: «Bien sabe V. que no somos amigos, y que, al contrario, he considerado siempre funesta para mi hermana Julia la inclinacion que por V. ha sentido. Este aviso dará mas autoridad á mis palabras y al paso que doy, indiscreto tal vez, pero aconsejado por mi conciencia.»

Seguia luego refiriendo brevemente la situacion actual de las cosas, y manifestándole que en vista de ellas, adoptase la resolucion que le dictase su corazon, y los compromisos que libre y espontáneamente habia contraido con Julia.

«Mi hermana—concluia la carta—ignora lo que intento, escribiéndole á V. Quien como yo conoce su carácter, puede comprender que nunca me hubiera autorizado á hacerlo, pero tambien debe V. saber, que si este paso produce el resultado que aún espero, podría felicitarse de haberle dado la que solo quiere verla dichosa.»

¿Pero conocia esta valerosa y prudente niña tan á fondo como se preciaba de conocerle el caracter de su prima? ¿Vencia tan por completo en su corazon la altivez al cariño? Julia era orgullosa, pero amaba, y amaba por primera vez.

Aquella misma noche, en que acompañada de Félix Grande, la hemos visto recorrer los salones de su casa, autorizando, si no

con sus palabras, con sus acciones, los rumores que corrian por ellos, podríamos verla tambien en su cuarto, trazando febrilmente en un plieguecillo de papel, adornado con su elegante y caprichoso monograma, y en cortos, pero nutridos renglones, una breve carta que, cerrada, guardó cuidadosamente en su bolsillo.

Al salir otra vez á la sala, preguntó con interés inusitado á varios amigos por Lorenzo Pérez. Al enterarse de su ausencia, un suspiro de contrariedad salió de su pecho á sus lábios. ¡Todos contra mí! murmuró entre dientes, y estrujó entre sus dedos la carta misteriosa. —¡No!—pensó despues de un rato, en que anduvo de un lado á otro del salon con el ademán distraido de quien vacila en tomar un partido;—no; me he prometido á mí misma esperar, y es preciso que lea esta carta, y la leerá.—Y saliendo del salón á la antesala, y dirigiéndose á un criado,

—Mañana temprano echará V. esta carta al correo, le dijo con imperiosa voz, y volvió otra vez al salon, diciéndose á sí misma: —¿Qué importa comprometerme á los ojos del mundo? Nadie ha de despreciarme tanto como yo misma me desprecio.

El criado, despues de pasar la vista por el sobre, en el que podia leerse en gallardos caracteres ingleses:

Sr. D. Juan Antonio Ruiz del Busto—Duradon,—

se guardó la carta en el bolsillo sonriendo maliciosamente; pero como lacayo bien enseñado, guardó el secreto de la misiva y del encargo de todos..... menos de sus compañeros y amigos de taberna, cumpliéndole religiosamente á la mañana siguiente.

Por qué esta carta no llegó, sin embargo, á su destino, causando su extravío consecuencias decisivas é irreparables en los sucesos que relatamos, lo sabrá el lector á su tiempo.

## CAPITULO VII.

## DURADON-CLUB.

Como Ruiz del Busto sospechaba, Duradon tenia un casino; y tal, que no era uno de los menores títulos en que se fundaba el orgullo de los duradoneses. Sucesor de otro círculo menos suntuoso, este ocupaba uno de los mejores edificios de la ciudad, y su salon, decorado por los mas hábiles artistas, sus salas de billar y de tresillo, y su gabinete de lectura, nada tenian que envidiar á las dependencias de los mas afamados casinos de España y del extranjero.

Esta era al menos la opinion de D. Pelegrin Burguillos, de su hijo Indalecio y de otros varios duradoneses que así lo sostenian y afirmaban, en oposicion á otros convecinos suyos que pretendian, por el contrario, que el tal casino era una zâhurda; que sus muebles no eran dignos ni de decorar una taberna, y que sus salones para todo servian menos para reunion de una sociedad distinguida y aristocrática. Pero entre estas dos opiniones absolutas, únicas que en Duradon surgian cuando se trataba de apreciar, no solo su casino, sino cualquiera otra cosa, hecho ó propósito municipal, nosotros hemos de dar la preferencia á la de aquella parte del vecindario, por parecernos que la admiracion hácia lo propio es virtud que favorece el patriotismo y desarrolla y alienta la actividad nacional.

En el principal salon de aquel círculo de recreo, muchas noches vacío y silencioso, pero lleno ahora con ocasion de las elecciones de animados corrillos, hirviendo en chispeantes y calurosas conversaciones, podia adivinarse en la segunda ó tercera fila de un ancho corro formado en derredor de una de sus mesas al último retoño de los Burguillos, haciendo desesperados esfuerzos por no dormirse, y consiguiendo apenas mantener desmesuradamente abiertos sus ojos, en los que se leia una espresion de las mas sanguinarias y terribles.

Acaso este estado de somnolencia ó marasmo intelectual fuera producido por la preocupacion que le causaba el encontrarse adornado con galas bien distintas de las que formaban su ordinario atavío, y sobre todo por un inmenso sombrero de copa alta muy metido en la cabeza y bastante inclinado hácia atrás, al que continuamente echaba la mano que no tenia ocupada con un baston de puño de marfil, retirándola en seguida como si no fuese mas que una rápida experiencia que su natural desconfianza le inspiraba para convencerse de que realmente su cabeza era el afortunado molde sobre el que se elevaba aquel inmenso trozo de columna.

Miraba Indalecio hácia el fondo del grupo formado por uno de los divanes del salon, en el que habia sentadas tres personas á quienes todos los rostros sonrientes, aprobadores y perspicaces, y hasta todos los cuellos inclinados en actitud de suprema atencion, se dirigian como esperando oir de sus labios la proposicion que habia de entusiasmarlos, irritarlos, petrificarlos ó conmovierlos.

En estos tres personajes estaba, pues, concentrado el interés de la discusion, que, á juzgar por la repeticion de nombres propios de los que ocupan lugar mas preferente en la Guia, debia ser de política.

La cuestion era árdua; pues se reducía á saber si el Conde de Casa-Fulanez, presidente á la sazón del ministerio, corria ó no corria bien con el general marqués de Menganez, y sobre si éste trabajaba ó no á la zapa contra el imprudente Casa-Fulanez.

Complicaba la situacion del desdichado Casa-Fulanez un cierto vizconde de Valle-Perengano, compañero suyo en el ministerio, y que todos sabian, era el brazo derecho del terrible Menganez.

.....  
 .....  
 Valle-Perengano representaba en el ministerio la tendencia Menganez. Valle-Perengano era un hábil diplomático, y estaba encargado de un departamento tan poco importante como el de marina. Valle-Perengano tenia muchos diputados *suyos*. ¿Qué cosa, pues, mas natural que el ministerio se modificara *bajo la base* Valle-Perengano, pasando el hábil diplomático á Gracia y

Justicia, ocupando Estado con la Presidencia el poderoso general Menganez, saliendo el desgraciado Casa-Fulanez, y llenándose los puestos vacíos por los Menganillos y Perenganillos mas adictos y seguros?

—Casa-Fulanez, por otra parte, tenia merecida su suerte: habia tenido—me entiende V.—la mania de legislar; y cuando un hombre—me entiende V.—tiene la mania de legislar, es un hombre hundido para siempre. Además, Casa-Fulanez—me entiende V.—no representa nada; es un hombre aislado en política, y un hombre no puede aislarse en política; porque la política—me entiende V.—es la afirmacion Menganez ó Perenganez, y fuera de estas dos afirmaciones no hay nada.

—Esto decia uno de los tres personajes, el mas caracterizado y formal de todos ellos, el que ocupaba el sitio de preferencia en el divan, y todos sus oyentes respondieron con signos de aprobacion á sus conclusiones anti-fulanistas.

A ellas, sin embargo, se vió obligado á añadir su compañero el de la derecha, un hombrecillo regordete, de ojos vivos, nariz abultada y barba corrida con collarin y sin bigote,—que realmente Casa-Fulanez habia renegado de su partido, y que ya era tiempo de que realmente se viera claro en el campo de los partidos; porque una vez separado de la política el duque de Campo-Fulano, los fulanistas habian muerto realmente.

Estas consideraciones produjeron, si cabe, mayor efecto en el grupo de socios del casino de Duradon, y parecia que nada habia ya que añadir á las torpezas y errores de conducta del pobre Casa-Fulanez, cuando el individuo, que representaba en el grupo el elemento jóven, que ocupaba la estrema izquierda del divan, y no era otro que nuestro amigo Juan Antonio, con voz reposada y acento desdeñoso puso el colmo á la indignacion del resto del auditorio, asegurando que Casa-Fulanez, además de todas sus imprudencias ya mencionadas,—«era un soñador, un hombre de teorías; en una palabra, no era un hombre serio; y como la política es una cosa seria, no puede atenderse á ella con rancias teorías, muy lindas para leídas en los libros, pero ineficaces y absurdas en el terreno práctico; y que si Casa-Fulanez hubiera gobernado mas y reformado menos, no se hubiera enagenado las simpatías de las personas serías como Casa-Menganez ó Valle-

Perengano, y habria contado con la cooperacion de cuantos se interesan con seriedad por la suerte de este desdichado país, tan seriamente comprometida en sus manos.»

Este breve discurso, vivamente aprobado por todo el anditorio, acabó de una vez para siempre con las pocas simpatías que el infeliz Casa-Fulanez hubiera podido tener entre aquel puñado de duradoneses, y si bien uno de los del corro aventuró tímidamente la opinion de que Casa-Fulanez, á pesar de sus defectos, era un hombre honrado, á pesar de su poca seriedad, habia arreglado la hacienda, y no obstante sus teorías, habia mantenido el órden, doblado las rentas, reformado la instruccion pública, y reducido las ambiciones parlamentarias, los tres individuos del divan y sus respectivos partidarios en el grupo le agobiaron de tal manera bajo el peso de sus reconvenciones y sarcasmos, que el pobre hombre no tuvo mas remedio que convenir en que—realmente—me entiende V.—era indigno de tomar chocolate en compañía de personas medianamente serias.

Un momento despues el que primero habia hablado se levantó del divan, y tras él su compañero el hombrecillo regordete, y el pausado y sério Ruiz del Busto.

Los demás imitaron su ejemplo, y comenzaron á pasearse por el salon, escoltado cada uno por dos ó tres de los del grupo, y en medio de los murmullos y cuchicheos con que el resto de los concurrentes se los enseñaban unos á otros.

—Miren Vds.—decia el respetable individuo que acababa de ocupar el centro del divan—no me ciega la pasion de partido, ni soy hombre de partido—me entiende V.—; pero fuera de los hombres de nuestro partido no hay salvacion para el país: y aun así y todo, á mí y á mis amigos—me entiende V.— nos cuesta trabajo venir á la política á recoger la triste herencia de los errores fulanistas: lo misma que yo piensa Ruiz del Busto, y en cuanto á Cortezon, le conocen Vds. demasiado para saber lo que es

—Seriamente hablando, señores,—decia á su vez Juan Antonio, á cuyo lado marchaba su primo Indalecio, luciendo su llamante levita, en la que, á juzgar por su amplitud, debia haber entrado todo el paño negro almacenado en su tienda desde tiempo de D. Baltasar Burguillos—yo soy un hombre práctico que va al

fondo de las cosas; los colegios electorales se han ensanchado para que el país tome una parte seria en las elecciones; todos ustedes conocen la mision de este Congreso, y el papel que en él está reservado á nuestro amigo D. Modesto; que él y yo estamos comprometidos con Menganez, no hay que dudarle; ahora bien: todos los menganistas sabemos que el agradecimiento es una cosa seria, y por lo tanto, recompensaremos de una manera..... práctica y positiva los compromisos que se contraigan por servir la causa de nuestro gran partido.

—Realmente yo era fulanista, y lo he sido siempre, y lo soy aún en el fondo del corazon—decia, por último, el hombrecillo rechoncho, que no era otro que el designado en las conversaciones del señor respetable por el nombre de Cortezon—pero estoy convencido que despues de haberse retirado de la política el Duque de Campo-Fulano, los fulanistas han muerto realmente.

.....  
 Cada vez mas edificados acerca de las virtudes prácticas de los menganistas, los paseantes por el salon del círculo duradonés fueron alternando sucesivamente en la escolta de sus tres futuros representantes, y colocando cada uno su observacion particular en medio de las consideraciones generales que aquellos se permitian hacer sobre el asunto.

Uno insinuaba, con aire de profundo desprecio,—¡que qué gobierno podia ser el de Casa-Fulanez, cuando habia mandado suspender el ramal de camino de hierro que, partiendo de la puerta de su casa, iba á parar á Valdetrampilla, atravesando un pais completamente improductivo, pero muy abundante en caza; y todo porque en Valdetrampilla habia él descubierto una cantera abandonada en tiempo de los romanos, y por tanto, excelente para explotarla con una sociedad por acciones!

Otro indicaba vagamente—que ya era tiempo de que los menganistas (ó cualquier otro gobierno, porque él no era hombre de partido), se ocupara sériamente de proteger la produccion nacional, desamparada por completo, como era buena prueba un expediente que él habia incoado hacia mucho tiempo, sin haber llegado todavía el de su resolucion, pidiendo que se prorogara por trescientos años nada mas el privilegio exclusivo, que disfrutaba

su familia hacia noventa, para almacenar nieve, fundándose en que era imposible luchar, en un país tan frío como Duradon, con la nieve extranjera..... esto es, con la que él no almacenaba, y que en los meses de invierno se introducía furtivamente en el mercado, á pesar de la zona fiscal, con grave detrimento de sus intereses y de los de la Hacienda.

Otros y otros muchos, todos menos Indalecio, que se limitaba á mirar con su expresion mas aterradora al que se acercaba demasiado á su primo, hablaron sucesivamente de injusticias en su carrera, de desengaños en sus esperanzas, de servicios no recompensados á su abuelo, á su tío ó á su sobrino. Fuera de esto, nadie era hombre de partido, y debian declarar que apoyarian á cualquiera que se fijase en esas importantes cuestiones, cuya resolución encerraba todo su programa político; por eso apoyaban y apoyarian la candidatura independiente de Duradon.

Los candidatos, por su parte, y cada uno en su diapason correspondiente, afirmaron que esas cuestiones, por ser todas de interés serio y general, serian las únicas que les ocuparían en el Congreso; y la reunion empezó á disolverse, no sin cambio de muchos apretones de manos y cordiales ofrecimientos de servicios para cuando llegase el gran día.

—Realmente—dijo Cortezon al despedirse—yo habia jurado no volver á meterme en estas cosas desde que se retiró de la política el Duque de Campo-Fulano; pero en compañía de D. Modesto y de Ruiz del Busto se puede ir á cualquier parte.

—Cortezon, ¿me entiende V.?—decia D. Modesto al jóven serio, en la misma ocasion—es un pobre hombre, pero hace buen efecto, eh..... ¿me entiende V.....?

—Sí, y además—contestó Juan Antonio—siempre habrá tiempo para armarle una zancadilla.

Don Modesto se encaminó hácia una de las principales fondas de Duradon, hasta cuya puerta le acompañaron Indalecio y su primo; ya cerca de ella, el designado por D. Modesto dijo dirigiéndose á aquel, y señalando á Indalecio:

—¿Con que el señor es su primo de V.? Excelente familia, ¿no es eso? chapada á la antigua, y nada fulanistas, ¿no es verdad, eh?

Indalecio se puso como la grana, pero se creyó obligado á contestar:

—Quíá, no señor, ¡vaya, pues no faltaba mas!

—Entonces, ¿me entiende V..... estará V. con nosotros?

—Sí, señor, sí;—respondió Indalecio—cuenten Vds. conmigo..... digo, en todo lo que no sea contra mi tienda, porque francamente, ¿eh? V. dispensará, pero, vamos, yo no soy tan independiente como Vds. y esos señores.

De todos aquellos políticos y aprendices á comparsas de tales, no quedaron en las calles de Duradon mas que Indalecio y Juan Antonio.

—¿Sabes—le dijo aquel—que estas conversaciones de política me dan un sueño atroz? Chico, ¡y qué pedir! aquello parecia el juego de Anton Perulero..... cada uno á lo suyo, y nada mas..... Pues hombre, yo que Vds., ni esto les habia de dar. ¡Y qué guapo señor es D. Modesto, y qué talento tiene!

—Sí, es una acémila bastante bien cargada—respondió Juan Antonio sonriéndose, y se entró en casa de su primo, que, ó no oyó bien, ó no entendió la irrespetuosa calificación que aquel hacia de un personaje tan importante, porque se contentó con sonreír y decirle, pegándole un cariñoso empellon:

SANTIAGO DE LINIERS.

(Se continuará.)

## LO QUE SE NECESITA.

---

«Hoy como ayer, mañana como hoy,  
 Y siempre igual  
 Un cielo gris, un horizonte oscuro,  
 Y andar, andar.»

Estos versos de Becquer debieran recordar á la continúa los que imaginan que alguna vez fué este pícaro mundo en que vivimos, un como trasunto del Paraiso, algo así como la dorada Arcadia de los poetas. Yo creo, por el contrario, que, á partir del padre Adán, en quien todos pecamos, ha sido este planeta que llamamos tierra, lo que es á la hora actual, á saber: un lugar de tránsito, en el cual todo vicio tuvo natural asiento, y donde el *fomes peccati*, de que nos hablan los teólogos, dió no pocas veces *jaque-mate* á la parte soberana de nuestra naturaleza, ó dí-gase al espíritu. Habrá variante, si quereis, en las manifestaciones del mal, más cónicas en estos alegres tiempos que en los tiempos que fueron; pero en lo que hace al fondo de la cosa, maldito si hemos progresado en eso de ser materia dispuesta á recibir con amor todo lo pecaminoso y vitando. A la manera que en el mundo físico se observa una regularidad perfectísima, y el sol que dora la cima de las montañas siempre asoma por Oriente, y para que la tierra se cubra de flores es preciso que haya desaparecido el invierno *con sus nieves cano*, dejando alegre la pradera para que libando el néctar que guarda la ajedrea y el tomillo pueda labrar la industriosa abeja el panal de miel, dulce como la del Hibla, y más exquisita que el vino de Chio, la misma ley se da en el mundo moral. Siempre las mismas pasioncillas girando en torno nuestro, siempre víctimas de los mismos groseros apetitos, siempre agitado el humano corazon por el fuego de la concupiscencia,

siempre rindiendo no debido culto á la bestiezueta de la carne. Lo que hay es, que las propias miserias, y las que vemos en nuestros prójimos, nos duelen y acibaran harto más que las que á la luz de la historia podemos observar en las pasadas generaciones. Así, por ejemplo, lamentamos que la musa dramática se presente hoy día de la fecha en nuestra escena desaseada y sucia; y condenando este hecho con toda la acritud que merece, volvemos la vista atrás, y sin reparar en que toda comparacion es odiosa, creemos á *pie juntillas* que todo tiempo pasado fué mejor, como dijo Jorje Manrique. Y sin embargo, no en estos que corren, sino en los áureos tiempos, se escribieron comedias, dramas, tragedias y novelas, en fin, como la que con el título de *El prevenido engañado* dió á luz una muy encopetada señora de Madrid, Doña María Zayas Sotomayor, las cuales producciones de fijo que ni mis lectores ni yo tendríamos valor para consentir que leyesen nuestras respectivas novias. De donde se sigue, que en vez de entonar ditirambos sin ton ni son á lo pasado, sin separar el oro de la escoria, que de todo hubo en la viña del Señor, debiéramos dedicarnos con afan á combatir lo presente, preñado de gravísimos errores, sin aquellas grandes iluminaciones que nuestros abuelos tuvieron. ¿Cómo acometer tamaña empresa? Doctores hay que lo sabrán responder, y que de hecho responden.

La descomunal batalla que riñen *en este momento histórico* las dos Ciudades que se disputan el imperio del mundo, se da en el terreno filosófico. Preséntase en lid una filosofía perturbadora que todo lo corrompe y envenena con su hálito destructor. Pues bien; á esa filosofía que por la sola razon quiere llegar al conocimiento de la verdad; á esa filosofía que nos presenta como ideal el escepticismo kantiano, que llega con Fichte al *yo-puro* con el cual se atreve á crear un dia al hombre, aplazando ¡insensato! para el siguiente la creacion de Dios; á esa filosofía que cae á la postre en el monstruoso panteismo de Scheling, dejando libre el paso á Hegel para que, al manchar con su pluma el adorable misterio de la Trinidad Santísima, vierta más blasfemias que palabras; que continúa su infernal tarea por medio de los Comte, Litre, Stuar Mill y tantos otros como aspiran, no ya á la ruina de la Religion, sino de toda metafísica; á esa filosofía, que en el orden especulativo nos con-

duce al pesimismo de Schopenhauer y de Hartmann, y que en el orden práctico coloca el puñal y la bomba Orsini en manos de los *espíritus fuertes*, amamantados en la escuela revolucionaria; á esa filosofía, que va de triunfo en triunfo corriendo la Europa toda; á esa filosofía, que no se rinde ni se cansa en cuanto dice relacion á perseguir á la Iglesia, única suprema aspiracion suya; á esa filosofía, que de las cátedras fué y sentó sus reales en los Parlamentos, y un dia es Polonia víctima de su rabia satánica, otro dia es en Italia, donde comete la mayor infamia que ha presenciado este siglo, ó descerraja brutalmente las casas de las Ordenes religiosas, y arranca de las escuelas públicas la imagen de Cristo, como ahora acontece en la vecina Francia; á esa filosofía, digo, no se la combate con paliativos ni medias tintas, hay que aceptar su reto, buscarla en sus trincheras, y sepultarla, y hundirla en el polvo. Mas ¿de qué manera? Aquí ¡mal pecado! se dividen los hijos de la Ciudad de Dios. Retraimiento perpétuo, aislamiento absoluto, formemos un Estado dentro de otro Estado, gritan unos; y con vagas generalizaciones quieren ellos, empiristas de toda la vida, ergotistas escolásticos que se quedan en el frontispicio de la ciencia, contener la ola que va subiendo, subiendo, y que amenaza anegar con sus turbias aguas hasta la última reliquia de nuestras pasadas grandezas. No, dicen los otros; cuando el mal estaba solo arriba, una seta podia cambiar la faz de Europa, como escribe Voltaire hablando de Carlos VI; pero á parte de que este procedimiento infame no podemos nosotros patrocinarle, á la hora presente, en que no solamente la cabeza, sino que todo el cuerpo social está podrido, gracias á la herejía moderna, ó séase el liberalismo, es otro el remedio que se necesita. El cual ha de conseguirse, si hemos de ver el dia del triunfo, no con retraimientos insensatos, en pos de los cuales solo viene la muerte; no haciendo extensiva á las personas la antipatía justísima, el horror profundo que nos inspiran los principios, porque si el Catolicismo es y tiene que ser intransigente, como que es la verdad, tambien es amor; no llevando la ira ni á la lengua ni á los puntos de la pluma, sino procurando conquistar corazones y unir entendimientos; no trastrocando las leyes eternas al buscar primero lo accesorio que lo principal, sino perseguir este, que lo otro vendrá por añadidura; no precipitando la venida del caos

con la esperanza de inmediata reaccion, porque esto equivale á ver con gusto una tormenta horrorosa para deleitarse luego con los vistosos arreos del arco iris; no escribiendo en el dintel de nuestras puertas, como cuentan que en la de su casa escribió Antifon de Corinto: «Aquí se da virtud, honor, talento, á quien no lo tiene;» nosotros somos los hombres que decia Sófoeles haber él pintado; esto es, tales como los hombres deberian ser; es el resto de los mortales, segun los pintó Eurípides, es decir, tales como son; no cruzándonos de brazos en la imposibilidad de conseguir lo mejor, si por acaso podemos hacer que triunfe algo bueno; no tratando despiadadamente á cuantos desoigan nuestra voz y no cumplan nuestras decisiones, que la dulzura, no el látigo (á veces provechoso y hasta necesario), consiguió los grandes triunfos acá en la tierra, ni yendo solo en alas de la intransigencia, sino apoyados en una de las virtudes más necesarias, y de que más carecemos, conviene á saber, la prudencia, que no es, no, la virtud de los cobardes, sino una de las cuatro cardinales que prescribe y manda la Iglesia. No se debe perder lastimosamente el tiempo en estériles declamaciones, cuando se sientan los bárbaros, no ya á las puertas de Roma, sino dentro de la misma ciudad. El estado del mundo, con todo, débenos inspirar tristeza, no desesperacion. Aún pudieran tener término nuestras presentes desdichas. No suscriban los católicos españoles que lo sean de veras al comodo sistema de no hacer nada, hoy tan en boga; formen un haz apretadísimo; sean un ejército que no dé ni un momento de reposo al comun enemigo, y de cierto que se irian con el tiempo despejando las nubes que empañan el cielo purísimo de la patria. ¡Oh qué maravilloso espectáculo podíamos dar al mundo, y qué precioso legado podíamos dejar á los que nos sucedan en el camino de la vida! Si dando mano á las miserias que nos dividen, cada cual confesara noblemente sus yerros, ¡qué hermoso ejemplo á los hombres, y qué obra tan grata á los ojos de Dios! Viérase á España reanudar su gloriosa tradicion científica, y alumbrar de nuevo al mundo con los resplandores que la hicieron inmortal en Trento, reflejo á su vez de los que brillaban en nuestras universidades. Y por aquí debia, á mi ver, emprenderse la reconquista. Dado que, segun dije al principio de este artículo, la batalla se riñe en el terreno filosófico, aquí debian sostenerla los católicos todos de España, creando

al efecto una universidad (1) en la que se diese pura y cristalina la enseñanza cristiana. Hé aquí el terreno al cual debian acudir los hombres de bien. Recábase para esta universidad la mayor suma posible de derechos, y venga en buen hora una cruzada filosófica que eche por tierra los puntos negros que afean á las escuelas modernas; muéstrense al ánimo generoso de la juventud las leyes del órden divino; siémbrese aquella doctrina que, *tomando la razon católica por punto de partida, la razon humana por medio, el Criador y las criaturas por objeto, y á Dios por fin y ultimo término de sus investigaciones*, sienta las bases de una filosofía á cuya sombra hanse cobijado los mas grandes ingenios que vieron los siglos. Si nuestra filosofía es aquella que ilumina y resuelve los tres grandes problemas, *Dios, el hombre y la naturaleza*, que tenian en tinieblas Platon, con todas sus grandes concepciones, Aristóteles, con su lógica vigorosa, y Zenon con la severidad de su moral; si habla elocuentemente por boca de los Santos Padres y de los insignes polemistas ortodoxos que en los primeros siglos arremetieron briosamente y pulverizaron al neoplatonismo y á las escuelas eclécticas; si es la que informó los trabajos de S. Ireneo y de Tertuliano contra los gnósticos, de S. Atanasio contra los arrianos, de S. Leon el Grande contra los eutiquianos y de S. Agustin contra los donatistas; si es aquella que coronaba con la palma del triunfo en el siglo IV á los Padres de la Iglesia, impugnadores de los montanistas y novacianos; que mas tarde probó á maravilla el vuelo asombroso que toma la razon humana apoyada en la razon divina con hombres como San Anselmo, que procurando no *saber para creer*, sino *creer para saber*, toma tan brillantísima parte en la famosa cuestion entre nominalistas y realistas; si cuenta entre sus panegiristas á un San Bernardo, á un Alberto el Magno, y sobre todo á un Santo Tomás de Aquino, lícito y razonable será pensar que esta enseñanza, bien dirigida, habia de dar al traste con la que, gangrenada por el grosero materialismo ó por el doctrinarismo liberal, se da hoy, salvo honrosas excepciones, en las universidades de España. Purificada así la filosofía, bien pronto se verian renacer

---

(1) Ojala que no pareciese mal esta idea á la Union Católica.

con brio las ciencias todas, sacudiríamos esta postracion intelectual que nos devora; la pasion política, que todo lo envenena, tornariase en deseo ardentísimo de meditar y resolver otras cuestiones de mas alta importancia; no nos satisfaria esa cantilena funestísima de repetir á cada momento que fuimos grandes y sabios allá en los tiempos que fueron, lo cual no sirve en todo caso mas que para halagar nuestra vanidad, sino que iríamos ganando el dominio de la opinion, que hoy, fuerza es decirlo, no está con nosotros. De igual suerte el arte, envuelto en la nube á la presente fecha del naturalismo, sabria reproducir ese ideal de hermosura que llevamos en el alma, y que nos sirve de guia para presentir y conocer la belleza real y unirnos con ella. Llegaria, en fin, á ser España lo que para un poeta es el paisaje que se admira entre Nápoles y Mergelina, un pedazo de cielo caido sobre la tierra. Pero sigamos divertidos los unos á discurrir sobre nuestras antiguas glorias; dedicados otros á ridiculas excomuniones; predíquese con y sin oportunidad la indiferencia absoluta, como remedio á las desventuras presentes; incúlquese el sistema destructor del aislamiento; antójesele á alguien añadir un artículo de la fe ó un mandamiento de la ley de Dios á los que trae el catecismo de la doctrina cristiana; repártanse con sin igual frescura patentes de catolicismo y de hombría de bien; sígase estigmatizando todo lo moderno por el hecho de serlo; vengan alardes de sumision y respeto á la Iglesia docente, y téngase, no obstante, por ilícito y anti-católico hacer lo que hacen los Obispos (1); repítase, creyendo decir una gracia, *intransigencia con los principios, pero..... mucha mas intransigencia con las personas*; regocijense las gentes con la perspectiva de futuros cataclismos, y salgan por esas calles tañendo la cítara como Neron mientras ardia Roma; empúñese el estandarte de la Cruz, pero no se abran amorosamente los brazos para recibir á todo el que de buena voluntad quiera pelear á su sombra; fustíguese sin piedad y por igual á los enemigos declarados, y á los que mas por error de entendimiento que por perversion de la voluntad se apartan de las vias católicas, anatema para

---

(1) Recuérdense á este propósito los escrúpulos de muchos á jurar fidelidad á determinadas instituciones y los ataques que se dirigen á otras, bendecidas y aprobadas por los Obispos y por el Papa.

quien se permita discurrir libremente sobre materias que el mismo Dios dejó á las disputas de los hombres, así pues ha de tenerse por hereje á todos cuantos estimen axiomático que la *forma*, ó digase la expresión, es el requisito esencial del arte; y crean por ende, que en este sentido han sido grandísimos poetas Byron, Shelley, Wordsworth, Goethe y tantos otros; tenganse por dejados de la mano de Dios á los que entiendan, no precisamente por la decadencia en que hoy viven las bellas artes, hecha excepcion de dos de ellas, la poesía lírica y la música que han tomado gran vuelo en nuestra época, sino por algo así como secreto instinto, á los que entiendan, digo, que la escultura por venir no ha de crear un tipo mas acabado de hermosura varonil que el Apolo de Belvedere, ni otro Partenon la arquitectura, obras ambas comparables en su género con ese infinito inexplorado, camino de peregrinacion para el artista, que llega casi á vislumbrarse ante la sublimidad de las catedrales góticas; guerra á muerte á los que suponen que tal cual progreso se debe á la filosofía moderna, y finalmente (porque no queda espacio para continuar este artículo, que otro día ampliaremos), síganse mojando las plumas en sangre, que no en tinta, y de esta suerte, ni se apagará el fuego de la discordia, ni verán ¡ay! las gentes de este siglo, ni siquiera las del siglo futuro, el triunfo de la buena causa.

M. GARCÍA ROMERO.

## TRADUCCION DE LA PALINODIA DE LEOPARDI.

AL MARQUÉS GINO CAPPONI.

Erré, cándido Gino, largo tiempo  
Y grandemente erré. Misera y vana  
Juzgué la vida: insulsa más que todas  
Esta presente edad. Intolerable  
Fué y pareció mi lengua á la dichosa  
Prole mortal, si es que mortal se puede  
Llamar el hombre. Entre desden y asombro,  
Del Edén odorífero en que habita,  
Rió la alta progénie afortunada,  
Y me llamó infeliz, y de placeres  
Incapáz ó inexperto, pues mi hado  
Juzgué comun, y de mi mal, consorte  
Al humano linaje. Al fin mis ojos  
Hirió la hodierna luz de las gacetas,  
Entre el humo volátil del cigarro,  
Y el ruido de crugientes pastelillos,  
Entre el rumor de sacudidas tazas  
Y blandidas cucharas, ante el grito  
Ordenador de helados y bebidas  
Cual voz de mando. Y confesé humillado  
La pública alegría, y las dulzuras  
Del destino mortal, noble y excelso;  
Y ví el valor de las terrenas cosas,

Y toda flores la carrera humana,  
 Las obras estupendas, las virtudes,  
 Alto saber, estudios y prudencia  
 De nuestro siglo. De la Orsa al Nilo,  
 Del Catay á Marruecos, y de Goa  
 A Bóston, ví correr reinos, ducados  
 E imperios, anhelantes tras las huellas  
 De la felicidad, y asirla casi  
 Por las flotantes crines, ó á lo menos  
 Por la cola del manto. Y esto viendo,  
 Y meditando las profundas hojas,  
 Del grave, antiguo error que me cegaba,  
 Y aun de mí mismo yo tuve vergüenza.  
 Aureo siglo, Marqués, hilan veloces  
 Los husos de las Parcas. Todo diario  
 En varias lenguas y columnas varias,  
 De todas partes lo promete al mundo.  
 Universal amor, ferradas vías,  
 Vapor, tipos, comercio, y aun el cólera,  
 Los más lejanos pueblos y naciones  
 En lazo estrecharán: ni grande asombro  
 Será que suden leche las encinas  
 Y miel los robles, ó danzando giren  
 A los sonos de un wals. Tanto ha crecido  
 El poder de retórtas y alambiques,  
 Y máquinas del cielo emuladoras;  
 Y tanto crecerá, volando siempre  
 De progreso en progreso, sin medida,  
 De Cam, de Sem y de Jafet el hijo.  
 No cual un dia comerá bellotas  
 (Si el hambre no le obliga): el duro hierro  
 No depondrá. Con pólizas de cambio  
 Satisfecha tal vez, la plata y oro  
 Despreciará nuestra gloriosa estirpe,  
 Mas no de sangre de los suyos nunca  
 Su mano ha de lavar: antes cubierta  
 Será de estragos, con la vieja Europa,  
 Del Atlántico Mar la otra ribera,

Fresca nodriza de sin par cultura,  
 Y en campo lidiarán fraternas huestes  
 Por pimienta ó aromas ó canela,  
 Ó por el jugo de melosa caña,  
 Ó alguna otra razon, práctica y útil.  
 Y valor y virtud, y fe y modestia  
 Y amor á la justicia, escarnecidos  
 Y de toda república arrojados,  
 Como siempre, serán, que es su destino  
 Estar siempre debajo. Torpe fraude  
 Y audacia impune elevarán su frente,  
 Nacidas á reinar. De imperio y fuerzas  
 Ya unidas en un haz, ya separadas,  
 Abusará quien quiera que los rija:  
 No importa el nombre: que esta ley grabaron  
 Hado y natura en tablas de diamante,  
 Y no la romperán con sus centellas  
 Volta ni Davy, ni Inglaterra toda  
 Con las máquinas suyas, ni en un Gánges  
 De políticas hojas nuestro siglo  
 Ha de anegarla. Siempre el vil en triunfo,  
 Siempre el bueno en tristeza; conjurado  
 El mundo todo contra excelsas almas;  
 Del verdadero honor perseguidoras  
 Calumnia, ódio y envidia: de los fuertes  
 Despojo el débil, de los ricos siervo  
 El ayuno méndigo, en toda forma  
 De público gobierno, cerca ó lejos  
 Del polo ó de la eclíptica, y por siempre,  
 Si al humano linaje esta morada  
 Ó la lumbre del sol no se le niega.  
 Estas leves reliquias, estos rastros  
 De la pasada edad, fuerza es que impresos  
 Lleve la que ora surge, edad del oro,  
 Porque de mil principios luchadores  
 Tejida está la condicion humana,  
 Y á ponerlos en paz nunca bastaron  
 Fuerza ni entendimiento de los hombres,

Desque nació su generosa raza;  
 Ni bastarán, aunque potentes sean,  
 En nuestra edad periódicos y pactos.  
 Pero en cosas más graves será entera  
 Nuestra felicidad nunca soñada:  
 Ó de lana ó de seda los vestidos  
 Han de ser más galanos cada día.  
 Dejará el labrador los rudos paños,  
 Por cubrir de algodón su piel hirsuta,  
 De castor su cabeza. Y apacibles  
 A la vista, mil cómodos sillones,  
 Mesas y canapés, lechos, tapetes,  
 Adornarán con su mensnal belleza  
 Todo aposento. De manjares formas  
 Nuevas admirará, calderas nuevas  
 La humeante cocina. Y rapidísimo,  
 De París á Calais, de Calais á Lóndres  
 Y de aquí á Liverpool, será el camino,  
 Por no decir el vuelo..... Iluminadas  
 Mejor que ora lo están, más no seguras,  
 Serán de las ciudades populosas  
 Las más ocultas y torcidas calles.  
 Tales dulzuras, tan dichosa suerte  
 A la naciente prole se aperciben.  
 ¡Feliz aquel que, mientras esto escribo,  
 Llora en los brazos de la fiel niñera!  
 El ha de ver el suspirado día,  
 En que aprendan los niños con la leche  
 De la cara nodriza, cuánto peso  
 De sal, cuánto de carne, cuánta harina  
 Consume en cada mes la patria aldea,  
 Y cuántos de nacidos y de muertos  
 Anualmente consigna en su registro  
 El anciano prior: cuando por obra  
 Del potente vapor, en un segundo  
 Impresas á millones, llano y monte  
 Y aun de los mares la estension inmensa,  
 Cual bandada de grullas que se abate

Sobre ancho campo, y oscurece el día,  
 Cubrirán las gacetas, vida y alma  
 Del universo, y de saber en esta  
 Y en la futura edad única fuente.

Como el infante, con asiduo anhelo,  
 Fabrica de cartones y de hojas  
 Ya un templo, ya una torre, ya un palacio,  
 Y apenas le ha acabado, le derriba,  
 Porque las mismas hojas y cartones  
 Para nueva labor son necesarios:  
 Así natura con las obras suyas,  
 Aunque de alto artificio y prodigiosas,  
 Aún no las ve perfectas las deshace,  
 Y los dispersos trozos aprovecha,  
 Y en vano á preservarse de tal juego  
 Cuya eterna razon le está velada,  
 Corre el mortal, y mil ingenios crea  
 Con docta mano: que á despecho suyo,  
 La natura cruel, muchacho invicto,  
 Su capricho realiza; y sin descanso  
 Destruyendo y formando se divierte.  
 De aquí vária, infinita una familia  
 De males incurables y de penas,  
 Al mísero mortal persigue y hiere:  
 Una fuerza implacable, destructora,  
 Desde nació, le oprime dentro y fuera,  
 Y le cansa y fatiga infatigada,  
 Hasta que él cae en la contienda ruda,  
 Por la ímpia madre opreso y enlazado.  
 ¡Del estado mortal miseria estrema!  
 ¡Vejez y muerte que comienzan cuando  
 El lábio infante el tierno seno oprime  
 Que la vida destila! Ni enmendarlos  
 Podrá, por sábio y por feliz que sea,  
 El siglo nono-décimo, ni cuantas  
 Vengan tras él edades sucesivas.  
 Mas si lícito me es la verdad neta  
 Por su nombre decir, siempre infelice

Será todo nacido, en cualquier tiempo,  
 No en la vida civil, en toda vida,  
 Por esencia incurable, y ley eterna  
 Que cielo y tierra abraza. Pero nuevo  
 Y divino remedio imaginaron  
 De nuestra edad los sábios peregrinos;  
 Pues no pudiendo hacer feliz á nadie,  
 Se dieron á buscar (dejando al hombre)  
 Una comun felicidad, é hicieron  
 De muchos tristes un alegre pueblo,  
 Todo paz y ventura. Y tal milagro,  
 En folletos, revistas y gacetas  
 No declarado aún, asombra al mundo.  
 ¡Oh mente sobrehumana, oh agudeza  
 Del siglo que ora corre! ¡Y qué seguro  
 Filosofar, y qué sapiencia, amigo,  
 En mas sublime asunto y remontado  
 Enseña nuestra edad á las futuras!  
 ¿No ves con qué constancia hoy escarnece  
 Lo que ayer adoró, y el ara abate,  
 Para juntar mañana sus pedazos,  
 Y venerarlos entre humeante incienso?  
 ¡Oh cuánta fe y estimacion merece  
 El concorde sentir de nuestro siglo,  
 O el del año corriente! ¡Y qué trabajo  
 Es comparar nuestro sentir y ciencia  
 Con el del año actual y el del que viene,  
 Porque ni un punto discrepemos todos!  
 ¡Cuánto en filosofar adelantamos,  
 Si al moderno se opone el tiempo antiguo!

Uno de tus amigos, y maestro  
 No sólo en poesía, mas en todas  
 Artes y ciencias de la humana mente,  
 Arbitro enmendador, me aconsejaba:  
 «No cantes tus afectos, y dedica  
 Esa viril edad á los severos  
 Estudios económicos, atiende  
 Al público gobierno. ¿El propio pecho

Qué te vale explorar? Materia al canto.  
 No busques en ti mismo. Las grandezas  
 De nuestro siglo dí, dí su esperanza  
 Que madurando va.»

¡Recto consejo,

Que yo escuchaba con solemne risa,  
 Al resonar en mi profano oído  
 Ese cómico nombre de esperanza!  
 Mas ora vuelvo atrás, y la carrera  
 Contraria emprendo, persuadido al cabo  
 Que quien anhele gloria y busque fama,  
 Al propio siglo contrastar no debe  
 Sino adular y obedecer: por corta  
 Y fácil vía llegaré á los astros!  
 De tan alta ventura deseoso,  
 Materia no darán al canto mio  
 De la presente edad los intereses.  
 Ya sabrán mercaderes y oficinas  
 Cuidar de ellos mejor. Mas la esperanza  
 He de decir: que ya visible prenda  
 Nos conceden los dioses, ya de larga  
 Felicidad principio, ostenta el lábio  
 Y el rostro del garzon enorme pelo.  
 ¡Oh luz primera, saludable signo  
 De la famosa edad que se levanta;  
 Mira cómo se alegran tierra y cielo  
 Delante á ti: cómo fulgura el rostro  
 De la doncella, y en convites vuela  
 La gloria ya de los barbados héroes.  
 ¡Crece, crece á la pátria, oh masculina  
 Moderna prole! A tu velluda sombra  
 Italia crecerá, crecerá Europa  
 De las fauces del Tajo al Helesponto,  
 Y el mundo al fin reposará seguro.  
 ¡Y tu comienza á saludar con risa  
 A los hispídos padres, prole infante,  
 Para los áureos dias elegida!  
 Ni te asusté el negrear de su semblante,

Sonrie, oh tierna prole: á ti guardado  
De tanto y tanto hablar espera el fruto!  
Mira el gozo reinar, ciudades, villas,  
Vejez y juventud al par contentas,  
Y las barbas ondear largas dos palmos.

M. MENENDEZ PELAYO.

NOTA. Al leer algunos trozos de esta amarguísima sátira no se olvide que el autor, además de pesimista y desengañado, tenía la desgracia de ser fatalista y ateo.

## LOS NIÑOS DE ÉCIJA.

## SONETO.

Juntos formaron la infantil gavilla,  
Que ya en una ya en otra enerucijada,  
Impuso su poder á mano armada,  
Haciendo de lo ageno pacotilla.

De Écija fué terror y maravilla,  
Susto y vergüenza de la gente honrada,  
Y en los anales de la vida airada  
Honor de los ladrones en cuadrilla.

Con medios mucho mas perfeccionados,  
Pues el progreso va con las edades,  
Ya tanta fama ni á la envidia inquieta.

¡Niños de Écija! ayer, que hoy bien juzgados,  
En caminos en villas y en ciudades  
No pasarían de ser niños de teta.

J. SELGAS.